



HERALDOS DEL EVANGELIO

° 278 - Septiembre 2026



«¡Dios no muere!»

A los impacientes

De diversa manera hay que amonestar a los impacientes que a los sufridos.

Persuádanse los impacientes de que, si no se esfuerzan en refrenar su ímpetu, éste los arrastrará a los abismos de iniquidad a que no quisieran, pues la pasión empuja al pensamiento a donde no la llevarían sus deseos y cuando obra por arrebatos y casi sin darse cuenta, luego tiene de qué arrepentirse cuando vuelve en sí. Sepan ellos también que cuando hacen algo arrebatados, y como fuera de sí a impulsos de la pasión, apenas si llegan a reconocer el mal que han hecho. Adviertan además que, si no ponen un freno a sus pasiones, llegarán a desfigurar las mismas buenas obras que habían realizado quizá a costa de prolijos afanes. [...]

Por otra parte, ha de advertirse a los sufridos que no se quejen en su interior de lo que exteriormente padecen; que no malogren interiormente, por la infección de la malicia, el sacrificio tan costoso que en su interior consume la virtud; pues siendo esa una acción desconocida para los hombres, pero que constituye un pecado a los ojos de Dios, es tanto más grave esa culpa cometida cuanto que conserva ante los hombres la apariencia de la virtud. Sepan, además, los sufridos que deben esforzarse por amar a aquellos que han de soportar, pues si la paciencia no va acompañada de la caridad, lo que aparece como virtud se trueca en grave pecado de odio.

SAN GREGORIO MAGNO.

Regla pastoral. Parte III, c. 9.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Año XXIV, nº 278, Septiembre 2026

Director Responsable:

Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:

Severiano Antonio de Oliveira;

Silvia Gabriela Panez;

Marcos Aurelio Chacaliza C.

Administración y Suscripciones:

Fundación Virgen de Fátima

Av. Mcal. López 1941 entre Zanotti Cavazzoni y

Av. Brasília

Bº Mcal. López. Asunción

Asunción - Paraguay

Tel.: (021) 210 262

Cel.: 0982 745 778

administracion@virgendefatima.org

www.virgendefatima.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

➤ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➤ EDITORIAL	
¡Dios es invencible!.....	5
➤ LA VOZ DE LOS PAPAS	
Mártires de ayer, de hoy, de siempre.....	6
➤ LA LITURGIA DOMINICAL	
Corrección fraterna: un refinamiento de amor.....	8
Perdonar: la «debilidad» de Dios.....	9
¡Siempre es tiempo de conversión!.....	10
Pedagogía divina en la corrección.....	11
➤ TESOROS DE MONS. JOÃO	
Víctima expiatoria.....	12
➤ TEMA DEL MES – MARTIRIO	
¡Testimonio, holocausto y gloria!.....	16
Sangre de mártires, semilla de cristianos.....	19
➤ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
Gracias de la Iglesia naciente.....	22
➤ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
¿El más perfecto de los actos humanos?.....	25
➤ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
Gabriel García Moreno – La promesa venció al volcán.....	26
➤ ESPIRITUALIDAD CATÓLICA	
Santa Teresa del Niño Jesús – Mártir del amor.....	30
➤ VIDAS DE SANTOS	
San Pedro Claver – Sacerdote, apóstol y... ¡esclavo!.....	34
➤ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
Dar testimonio de la verdad con ufanía e intrepidez.....	37
➤ DOÑA LUCILIA –	
LUCES DE UNA MATERNAL INTERCESIÓN	
Remedio para todos los males.....	38
➤ HERALDOS EN EL MUNDO.....	42
➤ VERDADES CATÓLICAS	
El Santísimo Nombre de María – Reflejo de una misión celestial.....	46
➤ ¿SABÍAS.....	49
➤ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
Cartas y correos electrónicos, autógrafos y automatismos.....	50



TheDigitalArtist / Pixabay

19 ¿Por qué es hermoso el martirio?



Stéfano Gavilanes

26 Dios no muere, ni la promesa de la Virgen



Reproducción

30 ¿Podemos ser mártires en el día a día?



Archivo Revista

50 ¿Hay lugar para las cartas en la era digital?

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

Trabajo en una panadería que abre los domingos. ¿Estoy pecando contra el tercer mandamiento si sigo en ese empleo?

João Fernandes – São Paulo

El *Catecismo de la Iglesia Católica* enseña que «la acción de Dios es el modelo de la acción humana. Si Dios “tomó respiro” el día séptimo, también el hombre debe “descansar” y hacer que los demás, sobre todo los pobres, “recobren aliento”» (CCE 2172). Por eso, en el Antiguo Testamento se guardaba el sábado.

La fe católica aporta una nueva perspectiva: Jesús resucitó de entre los muertos «el primer día de la semana» (Mt 28, 1; Mc 16, 2; Lc 24, 1; Jn 20, 1), es decir, el domingo. Así, «el día de la resurrección de Cristo recuerda la primera creación» y siendo también el «octavo día», porque sigue al sábado, «significa la nueva creación inaugurada con la resurrección de Cristo»; por eso, el domingo «vino a ser el primero de todos los días, la primera de todas las fiestas, el día del Señor» (CCE 2174).

En cuanto a la obligación de participar en la santa misa, el *Código de Derecho Canónico* establece que «cumple el precepto de participar en la misa quien asiste a ella, dondequiera que se celebre en un rito católico, tanto el día de la fiesta como el día anterior por la tarde» (CIC, can. 1248 § 1). Además, los fieles han de reservar un tiempo para la oración y el descanso dominical.

Pues bien, ¿cómo proceder en su caso, ya que trabaja «en una panadería que abre los domingos»?

El *Catecismo*, por su parte, enseña: «Durante el domingo y las otras fiestas de precepto, los fieles se abstendrán de entregarse a trabajos o actividades que impidan el culto debido a Dios, la alegría propia del día del Señor, la práctica de las obras de misericordia, el descanso necesario del espíritu y del cuerpo», pero añade que «las necesidades familiares o una gran utilidad social constituyen excusas legítimas respecto al precepto del descanso dominical» (CCE 2185).

En este sentido, en el Evangelio de San Lucas, Jesús plantea también una inquietante cuestión: «Os voy a hacer una pregunta: ¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer el bien o el mal, salvar una vida o destruirla?» (6, 9). Y San Agustín aclara que «el amor a la verdad busca el ocio santo, y la urgencia de la caridad acepta la debida ocupación» (*De civitate Dei*. L. XIX, c. 19).

Por último, permítame darle un consejo muy concreto: cuando no le sea posible participar en la santa misa los domingos o fiestas de precepto, busque en primer lugar otros horarios alternativos ese mismo día, o incluso la tarde del día anterior. Además, si su empleador es católico o se muestra sensible a las cuestiones religiosas, hable con él sobre la posibilidad de que le conceda una pausa adecuada para cumplir el precepto dominical.

Aun así, si resulta imposible encontrar un horario para cumplir el precepto dominical, no hay razón para afligirse, pues el imperativo de sostener a la familia o de cuidar a un enfermo, entre otros ejemplos, constituye una causa grave suficiente para la dispensa del cumplimiento de esta norma de la Iglesia (cf. CIC, can. 1248, § 2).

Sin embargo, para una adecuada formación de la conciencia y con el fin de evitar el laxismo, le sugiero que acuda a su obispo o párroco para explicarle la situación, porque pueden dispensarle del precepto dominical en tales casos, conmutándolo, por ejemplo, por la práctica de otra obra piadosa (cf. CIC, can. 1245). En cuanto al descanso dominical, necesario para el cuerpo —reposo físico— y para el alma —dedicación a la oración y al estudio de la doctrina y la espiritualidad católicas—, procure hacerlo otro día. ✠



¡DIOS ES INVENCIBLE!



Todo hombre desea a Dios. Como la cierva sedienta de agua, el alma humana anhela a su Creador (cf. Sal 41, 2). Sin embargo, el pecado original introduce un desorden interior que confunde este deseo natural, llevando a los hijos de Adán a buscar otros «dioses»: fama, bienes materiales, placeres... hasta llegar al paroxismo de querer matar al Inmortal. Así vocifera el necio: «¡“No hay Dios” (Sal 52, 2), porque, si existiera, nada se me permitiría!».

El Antiguo Testamento sintetiza esta contradicción: la Torre de Babel desafía al Altísimo (cf. Gén 11, 4); Sodoma prefiere la lascivia a la conversión (cf. Gén 19, 4-9); y el pueblo, al cambiar a «Aquel que es» (Éx 3, 14) por el becerro de oro (cf. Éx 32, 1-6), elige a «aquel que *no es*». La maldad de este «pueblo de corazón extraviado» (Sal 94, 10) no conoce límites: matan hasta a los profetas (cf. Mt 23, 37) en un intento de eliminar al Autor de la vida.

En respuesta, el propio Verbo se encarna y habita entre los hombres. ¡El Eterno vive entre nosotros! ¿Y cuál es la reacción de la humanidad? Llamen a Jesús comilón y borracho por cenar con gente sencilla, amigo de pecadores por ofrecer la salvación (cf. Mt 11, 19), y «Belzebú» por expulsar demonios (cf. Mt 12, 24). La hostilidad del sanedrín culmina en el deicidio: ¡Crucifícalo!

No obstante, la muerte no tiene dominio sobre Él (cf. Rom 6, 9). Al presentarse como «la resurrección y la vida» (Jn 11, 25), Cristo vence a la muerte. Tras la ascensión, el Redentor no nos abandona, sino que transfigura su presencia y continúa vivo en su Cuerpo Místico, la Iglesia, inmortal como Él por promesa divina: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16, 18).

Además, el Todopoderoso habita en el alma del justo, morada de la Trinidad. Convencidos de ello, una pléyade de mártires prefirió la muerte a perder la amistad con Dios. Ya sea Lorenzo sobre la parrilla, ya Ignacio devorado por las fieras, el testimonio de ambos clama al unísono: ¡Dios no muere! Y los santos, de la misma manera, viven para siempre, intercediendo por la Iglesia y sirviendo de ejemplo; para ellos, «el morir es una ganancia» (Flp 1, 21).

A lo largo de los siglos, innumerables impostores han intentado expulsar a Dios de la sociedad. La descristianización iniciada a finales de la Edad Media condujo a un progresivo cambio de mentalidad, cuyos valores, ya no impregnados de la preciosísima sangre de Cristo, fueron quedando cada vez más saturados de un paganismo sin precedentes.

De ahí surgieron las tres grandes revoluciones y sus lemas. Desde la Revolución protestante, que proclamó «Cristo sí, la Iglesia no», se pasó a la Revolución francesa, con su «Dios sí, Cristo no», hasta llegar a la Revolución comunista, que finalmente lanzó «el grito impío: Dios ha muerto; más aún: Dios nunca ha existido» (Pío XII. *Discurso*, 12/10/1952).

Pero ¿cómo puede el hombre pretender sustituir a la Iglesia? ¿Guillotinar al Inmortal? ¿Decretar el funeral de Dios? Y adviértase que esto no es cosa del pasado: aún presenciamos el destierro del divino Maestro de las escuelas, del supremo Legislador de los tribunales y, en definitiva, del Rey del universo de toda la esfera pública...

Ante aquellos que, con odio luciferino, buscan la extirpación de lo sagrado, siempre habrá hombres fieles que seguirán haciéndose eco del desafío de San Miguel: «¿Quién como Dios?». Si la muerte se acerca, también resonará el grito del presidente ecuatoriano García Moreno: «¡Dios no muere!». Y cuando sus corazones dejen de latir, sus cuerpos inertes exclamarán en silencio: «¡Dios es invencible!». ✠



Gabriel García
Moreno, de
Luis Cadena

Foto: Reproducción



Mártires de ayer, de hoy, de siempre...

Su muerte, incomprensible a los ojos
humanos, es preciosa ante Dios;
la gloria de su fidelidad, estímulo
para nuestra vida.

SANGRE DE MÁRTIRES: SEMILLA DE CRISTIANOS

Los monumentos y las ruinas de la antigua Roma hablan a la humanidad de los sufrimientos y de las persecuciones soportadas con fortaleza heroica por nuestros padres en la fe, los cristianos de las primeras generaciones. Estos antiguos vestigios nos recuerdan la verdad de las palabras de Tertuliano, que escribía: *Sanguis martyrum, semen christianorum*, la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos. La experiencia de los mártires y de los testigos de la fe no es característica sólo de la Iglesia de los primeros tiempos, sino que también marca todas las épocas de su historia.

SAN JUAN PABLO II.
Homilía, 7/5/2000.

PRIMEROS CRISTIANOS: PERSEGUIDOS POR EL NOMBRE DE CRISTO

Su solo nombre les atraía una declaración de guerra; y los cristianos, por el mero hecho de serlo, que no por ninguna otra causa, se veían puestos forzosamente en esta alternativa: la apostasía o el martirio. Las mismas calumnias y las mismas persecuciones, poco más o menos, se renovaron contra ellos en los siglos posteriores, siempre que hubo gobiernos irracionalmente celosos de

su poder e intencionadamente mal dispuestos contra la Iglesia.

LEÓN XIII.

Au milieu des sollicitudes, 16/2/1892.

SU MUERTE ERA MOTIVO DE ENTUSIASMO ESPIRITUAL

Se trata de una multitud innumerable, que la liturgia llama «el blanco ejército de los mártires», *martyrum candidatus exercitus*. Su muerte no era motivo de miedo y tristeza, sino de entusiasmo espiritual, que suscitaba siempre nuevos cristianos. Para los creyentes, el día de la muerte, y más aún el día del martirio, no es el fin de todo, sino más bien el «paso» a la vida inmortal, es el día del nacimiento definitivo, en latín, el *dies natalis*.

Benedicto XVI.
Angelus, 26/12/2006.

IMAGEN VIVA DE DIOS PARA EL MUNDO

Siempre creyó la Iglesia que los Apóstoles y mártires de Cristo, por haber dado el supremo testimonio de fe y de caridad con el derramamiento de su sangre, nos están más íntimamente unidos en Cristo; les profesó especial veneración junto con la Bienaventurada Virgen y los Santos Ángeles e imploró piadosamente el auxilio de su in-

tercesión. [...] En la vida de aquellos que, siendo hombres como nosotros, se transforman con mayor perfección en imagen de Cristo, Dios manifiesta al vivo ante los hombres su presencia y su rostro. En ellos Él mismo nos habla y nos ofrece un signo de su Reino.

SAN PABLO VI. *Lumen gentium*,
Concilio Vaticano II, 21/11/1964.

EL MARTIRIO SIGUE DIFUNDIENDO EL EVANGELIO

Muchos hermanos y hermanas, también hoy, a causa de su testimonio de fe en situaciones difíciles y contextos hostiles, cargan con la misma cruz del Señor. Al igual que Él son perseguidos, condenados, asesinados. [...] Son mujeres y hombres, religiosas y religiosos, laicos y sacerdotes, que pagan con la vida la fidelidad al Evangelio. [...] Su martirio sigue difundiendo el Evangelio en un mundo marcado por el odio, la violencia y la guerra; es una esperanza llena de inmortalidad, porque, aunque fueron asesinados en el cuerpo, nadie podrá apagar su voz ni borrar el amor que donaron; es una esperanza llena de inmortalidad, porque su testimonio permanece como profecía de la victoria del bien sobre el mal.

LEÓN XIV.
Homilía, 14/9/2025.



ASOCIADOS AL SACRIFICIO REDENTOR DE CRISTO

No sólo sentimos hacia ellos un afecto paterno, sino que aun los veneramos con paternal reverencia, puesto que sabemos perfectamente que su altísima vocación se ve a veces elevada a la dignidad misma del martirio. Jesucristo, el Príncipe de los mártires, dijo: «Si me han perseguido a mí, también os han de perseguir a vosotros» (Jn 15, 20). [...] Los propagadores y heraldos de la verdad y de las virtudes cristianas que, lejos de sus hogares, sucumben a la muerte en el ejercicio de este santísimo oficio, son semillas de las que algún día, cuando Dios disponga, germinarán ubérrimos frutos.

Pío XII.
Evangelii præcones, 2/6/1951.

NUNCA ARREBATARÁN LA FE DE QUIENES PERSEVERAN

Recordad, sobre todo, que si los hombres pueden quitaros la libertad, someteros a tormentos, exponeros al desprecio público, lanzaros a la cárcel, condenaros incluso a la muerte, no pueden, sin embargo, desarraigar la fe católica de vuestros ánimos ni manchar vuestra conciencia. Podrán hacer mártires, si quieren; pero no podrán hacer traidores de la religión cristiana —como esperamos y pedimos a Dios con Nuestras oraciones—, con tal de que todos, con firmísima voluntad, sean perseverantes en la obediencia a las leyes de Dios y de la Iglesia.

Pío XII.
Impensiore caritate, 28/10/1951.

GLORIA DE LA IGLESIA Y CONFUSIÓN DE SUS ADVERSARIOS

¿Qué triunfo más preclaro puede pedirse de la Iglesia y de la religión? ¿Qué mayor confusión de los que la persiguen que el ver, aun en nuestros días, cumplirse las promesas divinas de protección y ayuda, con lo que resulta, como dice San León, «que la religión fundada en el misterio de la cruz de

Cristo con ningún género de crueldad pueda destruirse»?

GREGORIO XVI.
Probe nostis, 18/9/1840.

TODO CRISTIANO ESTÁ LLAMADO A RESISTIR Y A PERSEVERAR

Hacer y sufrir grandes cosas es propio del valor cristiano, que Dios mismo ha de recompensar con premio amplísimo, la eterna bienaventuranza. Si realmente queremos tender más y más cada día a la perfección de la vida cristiana, ese valor implica siempre algo de martirio. Porque no es solamente con el derramamiento de la sangre como damos a Dios el testimonio de nuestra fe, sino también resistiendo con fortaleza y constancia a los halagos del vicio y consagrando entera y generosamente cuanto somos y tenemos al que es nuestro Creador y Redentor y será un día nuestro gozo sin fin en el Cielo.

Pío XII.
Invicti athletæ Christi, 16/5/1957.

QUE LA SANTA VIRGEN NOS CONSUELE Y NOS SOSTENGA

La persecución de los cristianos, de hecho, no sólo se produce con armas y malos tratos, sino también con palabras, es decir, a través de la mentira y la manipulación ideológica. [...] A lo largo de toda la historia de la Iglesia, son sobre todo los mártires quienes nos recuerdan que la gracia de Dios es capaz de transfigurar incluso la violencia en signo de redención. Por eso, uniéndonos a nuestros hermanos y hermanas que sufren por el nombre de Jesús, busquemos con confianza la intercesión de María, auxilio de los cristianos. Que la Santa Virgen nos consuele y nos sostenga en cada prueba y dificultad.

LEÓN XIV.
Angelus, 16/11/2025.

Aunque fueron asesinados en el cuerpo, su testimonio permanece como profecía de la victoria del bien sobre el mal

En esta página y en la anterior, Bienaventurados, de Puccio di Simone - Galería Nacional de Parma (Italia)

REINA DE LOS MÁRTIRES UNIDA A LA PASIÓN DE CRISTO

Ella, la que, libre de toda mancha personal y original, unida siempre estrechísimamente con su Hijo, lo ofreció como nueva Eva al Eterno Padre en el Gólgota, juntamente con el holocausto de sus derechos maternos y de su materno amor, por todos los hijos de Adán manchados con su deplorable pecado [...]. Ella, en fin, soportando con ánimo esforzado y confiado sus inmensos dolores, como verdadera Reina de los mártires, más que todos los fieles, cumplió «lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia» (Col 1, 24), y prodigó al Cuerpo Místico de Cristo nacido del Corazón abierto de nuestro Salvador, el mismo materno cuidado y la misma intensa caridad con que calentó y amantó en la cuna al tierno Niño Jesús.

Pío XII.
Mystici Corporis, 29/6/1943.

MADRE QUE VELA POR LOS PERSEGUIDOS

También María, que estrechó entre sus brazos al Redentor en Belén, sufrió un martirio interior. Compartió su pasión y tuvo que tomarlo, una vez más, entre sus brazos cuando lo desclavaron de la cruz. A esta Madre, que experimentó la alegría del nacimiento y la angustia de la muerte de su divino Hijo, le encomendamos a los que son perseguidos y a los que sufren, de diversos modos, por testimoniar y servir al Evangelio.

BENEDICTO XVI.
Angelus,
26/12/2006.



Francisco Lecaros



6 de septiembre – XXIII Domingo del Tiempo Ordinario

(Ez 33, 7-9; Sal 94; Rom 13, 8-10; Mt 18, 15-20)

Corrección fraterna: un refinamiento de amor



✦ P. Luiz Alexandre de Souza, EP

La corrección fraterna, lejos de ser un juicio condenatorio, es la máxima expresión del amor que busca evitar el pecado y salvar las almas

El pasaje del Evangelio de esta liturgia dominical se encuentra entre dos fragmentos que le confieren pleno sentido. En primer lugar, la advertencia que lo precede: «No es voluntad de vuestro Padre que está en el Cielo que se pierda ni uno de estos pequeños» (Mt 18, 14).

Al dictar las normas para la corrección fraterna, en este domingo, el divino Maestro enumera algunos poderes otorgados a sus discípulos: juzgar a los pecadores públicos, atar y desatar en la tierra y en el Cielo, interceder infaliblemente ante Dios y hacerlo presente allí donde los fieles se reúnan en su nombre. Sin embargo, todas estas facultades están ordenadas al fin último de la Iglesia: la salvación de las almas.

Ésta es tan deseada por Dios que, como atestigua la primera lectura de este domingo, Él le impone a Ezequiel la obligación de advertir al pecador, de cuya salvación eterna rendirá cuentas el profeta si se abstiene de hacerlo. Si avanzamos dos versículos más allá de los designados para esta liturgia, encontramos: «Por mi vida —oráculo del Señor Dios— que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta y viva» (Ez 33, 11).

Se trata, por tanto, de la corrección fraterna prescrita ya en el Antiguo Testamento, con vistas al cambio de conducta y a la consiguiente salvación.

El motor y la razón de ser de esa corrección los señala San Pablo en la segunda lectura: el amor, del cual dependen todos los mandamientos. ¡Qué dife-

rente es esto de la mentalidad contemporánea, que confunde el amor con la aceptación pasiva del error ajeno! La presente conjugación de textos sagrados enseña lo contrario: amar a alguien es hacer todo lo posible para que en él se realicen los designios divinos, sobre todo, ayudándole a evitar el pecado.

La manera gradual en que Jesús ordena que se lleve a cabo la corrección manifiesta la caridad: primero, corregir a solas, en privado: «Si te hace caso, has salvado a tu hermano» (Mt 18, 15). Si ha faltado docilidad a esta amonestación secreta, la presencia de testigos aún puede convencer al infractor de que

abandone el mal camino. No obstante, si aun así no se enmienda, la caridad adquiere entonces un carácter más amplio: en virtud de la justicia, el culpable obstinado es castigado y tratado como pecador público, con el fin de evitar el escándalo y disuadir a los incautos.

Sin embargo, siempre queda abierta para el pecador, si se arrepiente, la posibilidad del perdón, principal meta de la corrección fraterna. De este perdón ilimitado hablará el divino Redentor en la siguiente perícopa, sirviéndose de la elocuente parábola del deudor implacable (cf. Mt 18, 21-35).

Así, mediante la disposición de estos pasajes evangélicos, el divino Maestro nos enseña que la corrección fraterna nace del deseo de salvar almas y florece en el perdón, ambos frutos refinados del amor, el cual, a su vez, es «la plenitud de la ley» (Rom 13, 10). ✦



David es reprendido por el profeta Natán - Catedral de San Ambrosio, Vigevano (Italia)

Archivo Revista

Perdonar: la «debilidad» de Dios

✠ P. Marcos Faes de Araújo, EP



La máxima de la ley del talión, «ojo por ojo, diente por diente», regía las relaciones sociales de los pueblos antiguos. Tan grande fue su influencia como norma moral que incluso el pueblo elegido —receptáculo de la Revelación y de la esperanza mesiánica— se dejó guiar por esta mentalidad cruel, descuidando el sublime precepto de amar al prójimo como a uno mismo, ya prescrito por Moisés (cf. Lev 19, 18).

Por otra parte, la íntima convivencia con Cristo llevó a los Apóstoles a dar testimonio de un insondable océano de bondad hacia todos los que se acercaban a Él con el corazón contrito: los leprosos, los ciegos y los paralíticos eran curados; los endemoniados, liberados; los muertos, resucitados... Sobre todo, ¡los pecadores eran perdonados, recuperando la amistad con Dios y, en consecuencia, el inestimable don de la paz interior!

El divino Maestro inauguraba así un nuevo paradigma en la relación entre Dios y los hombres: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29). Ese nuevo modelo exigía a los Apóstoles un cambio radical de vida, una verdadera *metanoia*. Se trataba de conformar la propia existencia al modelo de perfección evangélica, fundado en la renuncia al amor propio y orientado por completo a la gloria de Dios y al bien de las almas.

En este contexto se sitúa la pregunta de San Pedro, recogida en la liturgia de este domingo: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?» (Mt 18, 21).

La respuesta del Señor es elocuente: hay que perdonar no sólo siete veces, sino ¡hasta setenta veces siete! En aquella cultura, el número siete simbolizaba la plenitud. La multiplicación de estos números enfatiza la necesidad de un perdón ilimitado.

Para ilustrar esta exigencia, Jesús presenta la parábola del criado al que se le perdonó una enorme fortuna; el texto griego, más preciso, habla de

«diez mil talentos» (Mt 18, 24), una suma astronómica equivalente a cientos de toneladas de plata o a millones de jornadas de trabajo... Para la época, se trataba de una deuda imposible de saldar con el esfuerzo humano.

Algo similar ocurre en relación con el Reino de los Cielos: en el plan salvífico, toda criatura le debe una cantidad impagable al Creador. El pecado original y nuestras faltas, al ofender al Ser infinito, adquieren también gravedad infinita. Sólo por los méritos de la preciosísima sangre del Redentor, derramada por amor a la humanidad, se salda nuestra deuda y el Paraíso vuelve a abrirse. La condición innegociable para obtener este perdón consiste en imitar a Cristo, perdonando —aunque de forma incomparablemente inferior— a quienes nos ofenden.

El mismo principio puede aplicarse, *mutatis mutandis*, al triste estado de la humanidad contemporánea. Únicamente mediante un inmenso y gratuito perdón del Corazón de Jesús, obtenido a ruegos de su Santísima Madre, el mundo se levantará de nuevo, arrepentido, hacia la auténtica fe. Las grandiosas promesas de Fátima —«¡Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará!»— apuntan al reinado de María y de su divino Esposo, como realización plena de la súplica del Hijo de Dios al Padre eterno: «Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo» (Mt 6, 10). ✠

Sagrado Corazón de Jesús -
Colección privada

*A imitación
del Divino
Corazón, sur-
gió un nuevo
paradigma
en las rela-
ciones entre
los hombres*



¡Siempre es tiempo de conversión!



✠ P. Celio Luis Casale, EP

La parábola de los obreros revela la infinita misericordia divina que invita a todos, en cualquier momento, a trabajar en la viña del Señor

Durante su último viaje a Jerusalén, Nuestro Señor Jesucristo pronuncia la parábola de los obreros de la viña. En ella, el Salvador revela la extrema bondad que emana de su divino Corazón.

Para la cosecha, se necesitaba un buen número de trabajadores adicionales. Por eso, el propietario sale varias veces a lo largo del día en busca de obreros. De un modo similar, Dios procede con nosotros: en cierto momento de nuestra vida, nos invita a trabajar en su viña. He aquí la súplica amorosa, llena de esperanza y de perdón, para que «el malvado abandone su camino; [...] se convierta al Señor, y Él tendrá piedad» (Is 55, 7). ¡Cuánta benevolencia!

No obstante, como observa Fillion: «No todos los hombres comienzan a trabajar en su salvación y en su santidad en la misma época de su vida. Unos comienzan a la hora prima, en su infancia; otros, en el tiempo de la juventud; otros, cuando han llegado a la edad madura; otros, en fin, cuando se manifiestan ya las señales precursoras de su muerte».¹ No importa cuándo la gracia nos haya alcanzado: ya sea en la primera hora o en la última. La recompensa para todos será insuperable. Lo que importa es la prontitud de nuestro «¡sí!»: «¡Dichosos los obreros de la primera hora que no hayan vivido más que para Dios! ¡Dichosos también los que, oyendo en cualquier época de su vida el llamamiento de la gracia, correspondan a él y acudan junto a su Salvador, a trabajar con Él y para Él!».²

Dios no renuncia a ninguno de nosotros. Si el demonio del desánimo nos sugiere que nuestras faltas nos hacen indignos, recordemos que los planes del Señor distan de los nuestros «cuan-

to dista el cielo de la tierra» (cf. Is 55, 8-9). Las cuentas divinas no se rigen por la lógica humana: la misericordia del Corazón de Jesús cubre multitud de pecados. Dios no es un «patrón» que remunera el trabajo realizado; es un Padre que nos convoca a todos al Cielo. ¡Basta con decirle «sí»!

Aunque digamos «¡sí!» y luego cambiemos a un «¡no!», ni siquiera así podemos desanimarnos, pues ¡la gracia nunca nos abandona! Si caemos en las tortuosas y malditas sendas del pecado, siempre habrá un Padre esperando nuestro regreso. La invitación a trabajar en la viña del Señor sólo expira cuando exhalamos nuestro último aliento.

Por lo tanto, «nadie debe desanimarse si ha dejado para muy tarde el preocuparse por su salvación, porque la misericordia de Dios les reserva a todos un premio. Sin embargo, también es necesario atender enseguida a la convocación que Jesús nos hace, y con decisión. Ninguno de los llamados al trabajo en esta parábola llegó a proponer un horario más tardío, sino que se puso a trabajar inmediatamente. Tampoco ninguno lo rechazó. Así tenemos que proceder nosotros: no debemos retardar nuestro «sí» al llamamiento del Maestro».³

Las dificultades y el *pondus diei et æstus* —«el peso del día y el bochorno» (Mt 20, 12)— son inevitables, pero la recompensa extraordinariamente grande que nos está reservada en el Cielo supera cualquier sacrificio sufrido en esta tierra. ✠

¹ FILLION, Louis-Claude. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo: Vida pública*. Madrid: Rialp, 2000, t. II, p. 435.

² *Ibid.*

³ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «El gusano roedor de la envidia». In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Lumen Sapientiæ, 2014, t. II, p. 352.

«La parábola de los obreros de la viña», de David Teniers II el Joven - La Salle University Art Museum, Filadelfia (Estados Unidos)



Pedagogía divina en la corrección

✚ P. Pablo Luis Werner Benjumea, EP



La liturgia de este domingo nos presenta el pasaje del Evangelio de San Mateo en el que Nuestro Señor Jesucristo, tras expulsar a los mercaderes del Templo y responder a los jefes judíos acerca de su autoridad (cf. Mt 21, 12-13; 23-27), lanza una contundente advertencia a los sumos sacerdotes y a los ancianos: los publicanos y las prostitutas van por delante de ellos en el Reino de los Cielos. De hecho, estos pecadores creyeron en Juan el Bautista, mientras que aquellos empedernidos rechazaron rotundamente al Precursor.

La comparación resulta, sin duda, humillante para aquellos líderes religiosos. ¿Por qué el Señor usa un lenguaje tan severo? ¿Falta de amor? Todo lo contrario: los trata así precisamente porque los ama.

El divino Artífice ama a sus criaturas (cf. Sab 11, 24) y «quiere que todos los hombres se salven» (1 Tim 2, 4). La Santísima Trinidad conoció desde siempre a aquellos miembros del sannedrín, los eligió y los creó para que, como autoridades del pueblo elegido, glorificaran a Dios en sus vidas y se unieran a Él. Con este fin, el Hijo habría de encarnarse y, «tomando la condición de esclavo» (Flp 2, 7), sufrir la pasión y morir en la cruz. No hay mayor prueba de amor (cf. Jn 15, 13).

Ahora bien, para Dios no somos meros números; somos hijos. Así pues, como buen Padre, el Señor adapta su pedagogía al temperamento, a las circunstancias, a la situación espiritual de cada uno, incluso al corregirnos.

En los santos evangelios podemos contemplar diferentes formas de corrección. Con algunos, Jesús utiliza expresiones duras: reprende a Pedro, llamándolo «Satanás» (Mt 16, 23); denuncia la hipocresía de los fariseos, comparándolos con «sepulcros blanqueados» (Mt 23, 27) y «serpientes, raza de víboras» (Mt 23, 33). En cambio, con otros se muestra indulgente: perdona a la mujer adúltera, exhortándola a no pecar más (cf. Jn 8, 11); le enseña a Marta a no andar inquieta con muchas cosas, pues sólo una es necesaria (cf. Lc 10, 41-42); busca in-

cesantemente salvar incluso a Judas, hasta el último momento, interrogándolo sobre la traición en el huerto de los olivos (cf. Lc 22, 48).

Ese amor infinito le costó al Redentor su propia pasión y muerte ignominiosa. Ante esto, ¿cómo actuamos? ¿Omitimos la corrección por miedo a las consecuencias, por temor, por ejemplo, a perder una amistad? Y, cuando corregimos, ¿buscamos realmente el bien del prójimo o simplemente descargamos sobre él nuestro orgullo? Por último, ¿aceptamos humildemente la corrección que nos hacen o nos rebelamos, nos excusamos?

Roguemos a la Virgen María que interceda por nosotros ante su divino Hijo, a fin de que obtengamos gracias superabundantes para tener un corazón como el suyo: lleno de amor, desinteresado, fuerte, compasivo, paciente y humilde. De este modo, podremos tener «los sentimientos propios de Cristo Jesús» (Flp 2, 5). ✚

Dios trata a cada uno de nosotros de manera individualizada. ¡Hagamos lo mismo!



Francisco Lecaros

«Cristo y la mujer adúltera», de Rocco Marconi - Galería Corsini, Roma



Víctima expiatoria

Sublime vocación que la Providencia hace sentir claramente en lo más hondo del alma, la víctima expiatoria, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor, entrega voluntariamente su propia vida para sufrir por la causa de Dios y por el bien de las almas.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Sabemos que en el Antiguo Testamento la forma de reparar las ofensas contra Dios consistía en ofrecer una víctima, inmolándola con derramamiento de sangre, símbolo de la vida. Este sacrificio aplacaba la ira divina y tenía como consecuencia la reparación de la mancha contraída (cf. Lev 5, 15-26).

En la Sagrada Escritura encontramos numerosas figuras al respecto, desde el Génesis, en el episodio en que Abrahán, al desatar a Isaac y retirarlo del altar, ve un carnero enredado por los cuernos en la maleza y lo sacrifica en lugar de su hijo (cf. Gén 22, 3-13), hasta la glorificación del Cordero

inmolado narrada en el Apocalipsis (cf. Ap 5, 9-14).

No obstante, en el libro del Levítico (cf. Lev 16, 10.20-22) se describe otro ceremonial que la ley imponía a los judíos desde la época de Moisés y que debía repetirse cada año en el llamado Día de la Expiación. La asamblea se reunía y presentaban un macho cabrío atado. El sumo sacerdote se acercaba y, poniendo las manos sobre la cabeza del animal, confesaba todos los pecados cometidos por el pueblo de Israel durante todo el año. Después llevaban al macho cabrío a un lugar apartado del desierto, donde lo soltaban y lo dejaban en libertad como un ser maldito, cargado de ignominias.

Nuestro Señor, la Víctima por excelencia

Ahora bien, debemos recordar que todas las costumbres y ritos de la Antigua Ley eran, de alguna manera, prefigurativos del gran y único Sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo (cf. Heb 9, 8-12).

La escena del chivo expiatorio también sugiere a la mente una idea sumamente expresiva mediante metáforas: el Dios de toda pureza, sin culpa alguna, ya no se presenta como el cordero pascual

albísimo, limpio, perfumado y adornado con cintas, sacrificado para salvar nuestras vidas, sino bajo la horrenda imagen de un animal feo, sucio y maloliente, con los rasgos de la infamia del pecado, cubierto de clamores de maldición.

Mucho más que el Atlas de la mitología griega, que sostiene sobre sus espaldas la bóveda celeste, Jesús se nos muestra cargando sobre sus hombros la triste, pesada y repugnante carga de tantos crímenes acumulados, no sólo por el pueblo judío, sino por la humanidad de todos los tiempos y lugares... Sin proferir una sola queja, el Redentor se sometió a todos los tormentos que le infligieron sus adversarios, que lo odiaban.

Sin embargo, lejos esté de nosotros asombrarnos ante este aspecto de Nuestro Señor, creyendo que se trata de una exageración, pues todo ello es aún inferior a la realidad: no hay palabras que expresen la gravedad infinita de toda falta mortal, ya que constituye una desobediencia formal al Ser eterno. Así, una vez que el pecado entró en el mundo, necesitábamos una víctima cuyos méritos también fueran infinitos, «porque es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados» (Heb 10, 4). ¿Cómo llevar a cabo esa reparación?

Era necesario que el Hijo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, al tomar nuestra carne y unir la naturaleza divina con la humana, asumiera

Todas las costumbres y ritos de la Antigua Ley eran prefigurativos del gran y único Sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo

«El envío del chivo expiatorio»,
de William James Webb (editado)



sobre sí las miserias de la humanidad y derramara su propia sangre para reparar la ofensa cometida contra el Padre, reintroducir en nosotros la vida sobrenatural y abrirnos las puertas del Paraíso.

Ofrecimiento en la encarnación y en la presentación en el Templo

Desde el primer instante en que la sombra del Espíritu Santo envolvió a María y el alma fue infundida en el embrión que se estaba formando en su claustro bendito y maternal, Jesús ya poseía la más alta y elevada comprensión de todo el pasado, presente y futuro, pues su alma había sido creada en la visión beatífica. Y, al ver a Dios cara a cara, Él conoció su misión de víctima y la aceptó en la libertad de su voluntad humana, en un holocausto lúcido y consciente.

Ese acto, el Salvador lo renovó innumerables veces a lo largo de su vida, pero el momento culminante tuvo lugar en el misterio de la presentación. Cuando sus padres lo prepararon para llevarlo al Templo y Él entró allí en brazos de Nuestra Señora, su corazoncito de bebé de cuarenta días quizá latiera más rápido, pues ardía de emoción y deseo de entregarse.

En efecto, desde la salida de los judíos de Egipto, la ley exigía que los primogénitos varones fueran presentados al sacerdote como ofrenda a Dios, quien tenía derecho de propiedad sobre ellos por haberlos salvado de la plaga exterminadora que mató a los egipcios (cf. Éx 13, 2.14-15). Por eso, de las manos de su Madre, el Niño pasó a las del anciano Simeón, que, por revelación del Espíritu Santo en lo más hondo de su alma, esperaba ver al Mesías.

Allí, en el Templo de Jerusalén, se encontraron dos sacerdotes: Simeón y Jesús; porque no sólo el venerable anciano, como ministro de la Antigua

Alianza, lo ofreció oficialmente, sino que el propio Niño se consagró como víctima expiatoria al Padre.

Ahora bien, si ya pertenecía a Dios Padre, ¿por qué quiso someterse a esa ceremonia? Porque deseaba, desde su más tierna edad, sellar la redención del género humano y la derrota del mal.

Nuestra Señora comprendía perfectamente lo que estaba sucediendo y también Ella lo ofreció, sabiendo que



El ejemplo de Jesús, arquetipo de expiación en favor de las almas, nos abre el camino para ofrecernos con Él a Dios

«La Presentación del Niño Jesús en el Templo», de Giusto de Menabuoi - Catedral de Padua (Italia)

en esa ocasión era posible rescatar a su único Hijo por cinco siclos de plata (cf. Éx 13, 13; Núm 8, 17; 18, 15-16) y recuperarlo, pero que llegaría el momento en que Ella misma consentiría en entregarlo en el Calvario.

Magnífica y conmovedora escena, contemplada por todos los presentes, que escucharon las palabras de Simeón y se dieron cuenta de que se trataba de algo completamente fuera de lo común.

¿En qué consiste la vocación de víctima expiatoria?

El ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, arquetipo de expiación en favor de las almas, nos abre el camino, invitándonos también a expiar con Él. He aquí un deber sobre el que poco meditamos y que a menudo olvidamos: el de la penitencia voluntaria por las propias culpas y las de nuestros hermanos en todo el mundo, mezclando, de alguna manera, una gota de nuestra sangre en el cáliz del Redentor.

¡Cuántas almas se purificaron por la penitencia, como David, el rey profeta, San Pedro, Santa María Magdalena, San Agustín! Otras, inocentes y fervientes, como Santa Teresa del Niño Jesús, se inmolaron con miras a la alabanza a Dios y a una dedicación total a Nuestra Señora.

La víctima expiatoria por excelencia es aquella persona que, ante una necesidad de la causa de Dios y del bien de las almas, entrega consciente y voluntariamente su propia vida para producir el efecto deseado. Se trata de una vocación muy específica y sublime, que la Providencia hace sentir claramente en lo más hondo del alma. No todos están llamados a seguir ese camino; conviene discernir si la inspiración proviene de la gracia o no, y buscar la orientación de un superior.

No obstante, según la teología,¹ para que una persona sea considerada víctima expiatoria no es necesario que el ofrecimiento sea explícito y formal; basta con expresarlo de manera genérica, conformándose con la voluntad de Dios y dejando en sus manos que haga de ella todo cuanto quiera: quitarle la vida, dejarla postrada en cama, dejarla paralizada, ciega, muda, sorda...

Pero, en general —dicen también los teólogos—, todos aquellos que hacen un ofrecimiento real y válido,

y cuya ofrenda es acogida por la Providencia, no relacionan los tormentos por los que pasan con el ofrecimiento hecho, e incluso lo olvidan. Entonces, los asalta la duda y, en la honestidad de su conciencia, consideran que merecen ese «castigo» a causa de las faltas cometidas en su vida pasada.²

La Providencia lo permite así porque si la persona tuviera aquí en la tierra clara conciencia de que su ofrecimiento ha sido aceptado, todo se volvería fácil, la prueba cesaría y tal lenitivo haría disminuir enormemente sus méritos, pudiendo incluso constituir una tentación de vanidad. ¡Sólo cuando vea a Dios cara a cara en el Cielo todo quedará claro!

Todos tenemos algo que ofrecer

Alguien podría preguntar: puesto que este llamamiento es una invitación especial e inequívoca, y nada indica que la gracia haya tocado lo más hondo de mi alma en ese sentido, ¿debería entonces cruzarme de brazos, pensando que no tengo nada que ofrecer? ¿Se trata, tal vez, de ponerme un cilicio y flagelarme con disciplinas? O si ya he renunciado a los bienes materiales, a mi carrera e incluso a la posibilidad de disponer de mi tiempo mediante un voto de obediencia, ¿qué más voy a entregar?

¡No nos engañemos! Por muy excelente que sea un hombre, mientras viva en esta tierra siempre tendrá algo que mejorar, porque, según Santo To-

más de Aquino,³ sólo la humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, Nuestra Señora y la visión beatífica no podrían haber sido mejores.

Tomemos el ejemplo histórico de los Apóstoles: cuando se encontraron con Nuestro Señor, dejaron atrás a sus familias, sus barcas, sus redes, toda una vida, y lo siguieron. Dondequiera que Él durmiera, allí acampaban también; vivían de limosnas de la gente, ya no poseían bienes, lo habían dado absolutamente todo.

¿No tenían nada más que entregar?...

Los evangelios relatan que, cuando Nuestro Señor subió a Jerusalén por última vez, les anunció de manera tajante que allí sería arrestado, juzgado, condenado y asesinado, pero que al tercer día resucitaría (cf. Mt 20, 17-19). Pues bien, tras esa conversación, la madre de Santiago y Juan, parientes de Jesús, se postró ante Él y le pidió que sus hijos se sentaran uno a su derecha y el otro a su izquierda en el Reino que Él iba a instaurar (cf. Mt 20, 20-21). La escena fue tal que los demás Apóstoles comenzaron a discutir entre sí cuál de ellos merecía tan prestigioso lugar...

Por lo tanto, habían entregado todo lo que era fácil. Pero ¿entendían que el Reino del Mesías no era de este mundo? Pedro, que había proclamado la divinidad del Maestro (cf. Mt 16, 16), ¿comprendía eso?

Los Apóstoles tenían mentalidades, principios y maneras de analizar las cosas y de comprender a Nuestro Señor de los que no querían despen-



Reproducción

Debemos saber ofrecer actos expiatorios, aunque sean sencillos y comunes, y depositar nuestra ofrenda en el altar del holocausto

Santa Teresa del Niño Jesús el 30 de agosto de 1897, último retrato en vida

¹ «Pero aun sin el voto propiamente tal puede hacerse la oblación de sí mismo al Amor misericordioso de Dios, según la fórmula compuesta por Santa Teresa del Niño Jesús y aprobada por la Sagrada Penitenciaría el 31 de julio de 1923 [...]. Podemos, igualmente, pedir a la Santísima Virgen que Ella nos ofrezca cada día a su Hijo, según su prudencia maternal, que hará no nos

sean enviados dolores superiores a nuestras fuerzas; que nos ofrezca en conformidad con su ardiente celo para que podamos dar a su Hijo todo lo que Él espera de cada uno de nosotros, hasta el día de nuestra entrada en la gloria» (GARRIGOU-LAGRANGE, OP, Réginald. *La unión del sacerdote con Cristo, Sacerdote y Víctima*. Madrid: Rialp, 1955, pp. 115-116).

² Comentando los cuarenta y cinco años de desolación interior padecidos por San Juan de la Cruz, afirma fray Garrigou-Lagrange: «Se trata verdaderamente de la vía reparadora en toda su profundidad y elevación; del apostolado por el sufrimiento espiritual en un grado excepcional. No sólo fue la privación de las consolaciones sensibles, sino como un eclipse de las virtudes de

la fe, la esperanza y la caridad. El santo se creía abandonado por Dios, creía que Dios estaba airado contra él. Las tentaciones de desesperación y tristeza eran aplastantes» (GARRIGOU-LAGRANGE, OP, Réginald. *Les trois âges de la vie intérieure. Prélude de celle du ciel*. Paris: Cerf, 1951, t. II, p. 666). En lo que respecta específicamente a las víctimas expiatorias, las pa-

derse, porque dejarían de compartir esa seductora concepción del mundo que estaba en boga en la sociedad hebrea de aquella época.

¿Y nosotros? ¿Acaso no tenemos también una visión del universo que no se ajusta a la de Nuestro Señor Jesucristo? ¿Cuántas indecisiones, cuánta condescendencia, cuánto liberalismo, cuánta falta de entrega absoluta! ¿Por qué? Porque nos gusta aferrarnos a nuestros propios criterios.

Debemos saber ofrecer actos expiatorios, aunque sean sencillos y comunes, y depositar nuestra ofrenda en el altar del holocausto, pues esta lucha dura toda la vida y siempre presenta nuevos aspectos. Cada uno debe descubrir los puntos que ha de corregir, y es cierto que la Providencia, a través de nuestro ángel de la guarda, nos inspirará la privación adecuada para lograrlo.

Para unos será, por ejemplo, una curiosidad hasta entonces incontenible. Para otros, un sentimiento de honor tan arraigado en su interior que se rebela cuando lo acusan injustamente. Para otros, en cambio, la lucha contra el amor propio, la vanidad y el orgullo, la dificultad de poner en las manos de Nuestra Señora su propio fracaso...

Si Dios se complace en el ofrecimiento que parte de un alma inocente y lo acepta, lo mismo ocurre con nosotros: «un corazón contrito y humillado» (Sal 50, 19) conmueve al Cielo y es como la lluvia que riega esta tierra, para que de las semillas plantadas broten árboles de gigantesco porte, que se



Gustavo Kralj

El núcleo de la transformación social y de la fundación de una nueva civilización tiene sus raíces en el holocausto de las víctimas expiatorias

Mons. João en 2009

desarrollarán a lo largo de los siglos y los milenios, produciendo efectos extraordinarios y alcanzando la plenitud de sus frutos.

Por eso, la hora más sagrada de nuestra existencia se produce cuando la prueba y la tentación nos asaltan, porque nos acercamos a Nuestro Señor Jesucristo en el huerto de los olivos. Siempre que suframos en unión con Él, avanzando hacia el dolor como verdaderos «varones fuertes»⁴ —según la expresión de Santa Teresa a sus monjas—, entonces nos volveremos sacrales.

Y, si bien es cierto que el católico está llamado a guiar el corazón de la opinión pública mediante el ejemplo y

las costumbres, debemos comprender que sin el martirio no se hace nada, no se mueve nada, no se consigue nada.

El núcleo de la transformación social y de la fundación de una nueva civilización llamada Reino de María tiene sus raíces en el holocausto de las víctimas expiatorias. «¡Mi Inmaculado Corazón triunfará!»; ¿quién no percibe que ese triunfo ya ha empezado a manifestarse sobre la faz de la tierra? El que no se da cuenta de ello o está ciego y sordo, o bien no sabe interpretar el futuro al observar el presente... ✠

Fragmentos de exposiciones orales pronunciadas entre 1992 y 2010.

labras de la Madre Francisca de Río Negro —ella misma una de esas víctimas—, publicadas por el mismo dominico francés, su director espiritual, resultan muy esclarecedoras: «Tales almas se ven, por consiguiente, abrumadas por grandes sufrimientos morales y como absorbidas y devoradas por inexpressables dolores. [...] Es como si en ciertos momentos el Infierno se desatara para

arrancarles un acto de desesperación y convencerlas de que, tras la muerte, sólo les espera la nada absoluta o la pérdida eterna» (GARRIGOU-LAGRANGE, OP, Réginald. *Madre Francisca de Jesus*. Campinas: Ecclesia, 2013, p. 114). Sobre las pruebas sufridas por la religiosa, fray Juan Arinterro comentó, en respuesta a una carta suya: «Es menester experimentar ese vacío abso-

luto para poder llenarse de la plenitud de Dios. Y Dios sólo puede consolar a quien sufre esta prueba... Es necesario configurarse con Jesucristo en su desamparo de Getsemaní y del Calvario para encontrar una nueva vida gloriosa en Él. Esto no es “el preludio de una muerte eterna”, como usted teme, sino que es la verdadera muerte mística a todo y a sí misma y el preludio de la

vida eterna» (ARINTERRO GONZÁLEZ, OP, Juan. *Carta para Madre Francisca de Jesus*. In: GARRIGOU-LAGRANGE, *Madre Francisca de Jesus*, op. cit., p. 18).

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 25, a. 6, ad 4.

⁴ SANTA TERESA DE JESÚS. *Caminos de perfección*, c. VII, n.º 8.



Reproducción

¡Testimonio, holocausto y gloria!

¿Cómo no admirar la generosidad, la fortaleza y la caridad de esas almas? Aferradas a la fe cristiana, afrontaron suplicios físicos y morales, obteniendo, en un instante, la vida y la felicidad eternas.



✠ Isabela Fernandes Corrêa

Bajo las calles, plazas y anfiteatros de la bulliciosa capital romana de los primeros siglos después de Cristo, palpita una vida diferente. Verdaderos laberintos se extienden, estrechos y húmedos, ocultando, como si fueran criminales, a personas que gozan de la suma libertad; oscuras criptas albergan almas revestidas de luz, destinadas en breve a las alturas celestiales.

En una de las cámaras, algunos fieles se reúnen en torno a un cadáver ensangrentado... Un sacerdote pronuncia unas oraciones por la víctima recién asesinada. La crudeza del lugar palidece ante la melancolía de la escena. A pesar de ello, se aprecia en sus rostros un brillo inexplicable: contrariamente a lo que cabría esperar, todos manifiestan un contentamiento profundo, grave y sereno, mezclando lágrimas de dolor y de alegría. Aunque la muerte siempre trae consigo sufrimiento por la separación, el júbilo triunfa en el corazón de aquellos pobres fugitivos, impulsado por la certeza de la fe, consolidado en la esperanza: el alma del difunto se encuentra, por fin, en los brazos de Dios, desde donde intercederá por aquellos que aún luchan en la tierra.

¡Ah, mártires! ¡Cuánta gloria hallaron tras las hojas de los verdugos o después

de las mordeduras de las fieras, qué gran recompensa por la pérdida de su propia vida! La Santa Iglesia siempre les ha dedicado entusiastas alabanzas y una destacada devoción, cautivada por aquello que, a los ojos del mundo, sólo causaría horror.

Pero ¿qué tiene de especial el martirio si la muerte es el destino de todos los hombres?

De vocablo común a título de gloria

La palabra *mártir* proviene del griego *μάρτυς* (*mártys*), que significa *testigo*. El término fue pasando de un concepto genérico al de testimonio dado con la propia sangre.

En el Nuevo Testamento, Esteban, «hombre lleno de fe y de Espíritu Santo» (Hch 6, 5), «no es llamado mártir por el hecho de morir, sino simplemente porque es testigo de Cristo en su actividad evangelizadora».¹

Sólo a partir del siglo II, con el *Martyrium Policarpi* —relato de la ejecución de San Policarpo—, el vocablo comenzó a designar la inmolación de la vida, máxima expresión del testimonio. Desde entonces, se reservó ese título para aquellos que abrazaron la muerte por caridad perfecta.

Según la teología, el martirio se ha descrito como el «acto de la virtud de

la fortaleza por el que se sufre voluntariamente la muerte en testimonio de la fe o de cualquier otra virtud cristiana relacionada con la fe».²

Fieles hasta el derramamiento de sangre

En esa descripción, hay dos aspectos indispensables: el testimonio de la fe y la aceptación de la muerte.

En cuanto al primero, si el mártir es, ante todo, un testigo, ¿cómo podrían serlo los cristianos que no convivieron con el Salvador?

En sentido estricto, se denominan testigos de la fe cristiana a los Apóstoles y discípulos del Salvador, aquellos que vieron con sus propios ojos, contemplaron y palparon la manifestación del Verbo de la vida (cf. 1 Jn 1, 1). Sin embargo, los mártires también son considerados testigos, pues vieron al divino Redentor con los ojos de la fe al acoger la doctrina cristiana a través de la Tradición. Al declarar su firme adhesión a la Iglesia, atestiguan la verdad que recibieron de Cristo, presente en ellos para fortalecerlos en sus sufrimientos.

Para esta declaración, no son necesarios largos discursos; basta la confesión de la fe, pues en ella reside la verdad misma.³ Los relatos de la persecución de Tra-

jano (97-117) atestiguan que cualquiera que llevara el nombre de cristiano podía ser condenado a muerte, y la única forma de evitarla era renunciar a ese título.⁴

La muerte es un requisito esencial del martirio.⁵ Muchos fieles sufrieron torturas y encarcelamientos, convirtiéndose en *confesores de la fe*, pero, al sobrevivir, no consumaron el testimonio final que reproduce la pasión de Cristo.⁶ Esto no resta mérito a su fidelidad, sino que sólo los distingue de los mártires.

Dos condiciones

Morir no basta. El martirio requiere dos condiciones: primera, la víctima debe aceptar voluntariamente tal sacrificio⁷ por amor a la verdadera religión, pues «la madre del martirio es la fe católica»;⁸ segunda, el odio a la fe —*odium fidei*— por parte del ejecutor debe ser la causa del asesinato.

Para comprender mejor la doctrina, analicemos dos casos hipotéticos.

Un cristiano, sometido a persecución, reniega de la fe para escapar de la ejecución por hipotermia en una piscina con hielo. Al ser sacado del agua y puesto en una bañera con agua caliente, muere debido al choque térmico. No hay martirio, pues la muerte fue involunta-

ria: la intención de la víctima era preservar su vida, no dar testimonio de la fe.

El asesinato de un joven católico a manos de un ladrón, motivado exclusivamente por la codicia, no constituye un martirio. Aunque la víctima hubiera ofrecido su vida a Dios, la ausencia de *odium fidei* por parte del agresor descarta el carácter de martirio.

En este sentido, asegura San Agustín: «El malvado puede soportar la misma pena que soporta el mártir, pero el motivo es diverso. Tres estaban en la cruz: uno era salvador; otro, salvado, y el otro, condenado; todos sufrían igual pena, pero por causa distinta. [...] Así, pues, el suplicio no hace mártires, sino la causa».⁹

Laurel de virtudes coronadas por el amor

Como piedras preciosas, algunas virtudes resplandecen especialmente en el alma de los mártires.

Al resistir al mal hasta el heroísmo, practican la virtud de la *fortaleza*, que robustece el alma humana para que no desista del bien arduo, ni siquiera ante el peligro de la vida corporal. El bien arduo —la perseverancia en la vida de gracia— es anhelado por encima de todas las cosas, pues consideran el mundo como una

verdadera cárcel y las prisiones terrenas como una especie de liberación de ella.¹⁰

Poseen una profunda *fe*, virtud por la que afrontan la batalla del martirio.¹¹ Para ello, no basta la creencia del corazón, sino que también es necesaria la manifestación externa, es decir, la *confesión de la fe*, acto con el que demuestran que poseen esa virtud: «Con mis obras te mostraré la fe» (Sant 2, 18).¹²

También están revestidos de perfecta *obediencia*, pues imitan al Hombre-Dios en su plena sumisión a la voluntad del Padre en la pasión: «Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre» (Flp 2, 7b-9).

Los mártires también se destacan por la *paciencia*, al soportar con entereza tormentos físicos y morales. Ante los maltratos, las torturas, los insultos y las calumnias, no ceden al amor propio, a la ira ni a la desesperación, pues saben que cualquier padecimiento es pequeño comparado con la gloria celestial que un día se nos manifestará (cf. Rom 8, 18).¹³

Por último, la *caridad* es la virtud más importante en el martirio, por-



Francisco Lecaros

Tras las hojas de los verdugos o los dientes de las fieras, los mártires hallaron gloria y recompensa incomparables

«Los mártires en las catacumbas», de Jules-Eugène Lenepveu - Museo de Orsay, París. En la página anterior, «Coro de los mártires», de Giovanni da Milano - Galería de los Uffizi, Florencia (Italia)

que, como atestigua el Apóstol, «si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría» (1 Cor 13, 3). Puesto que la caridad es el «vínculo de perfección» (Col 3, 14) y no hay «amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13), el mayor acto externo de la caridad es el martirio, cuando el cristiano despre- cia su vida por amor a Dios.¹⁴

De sus méritos, se beneficia todo el Cuerpo Místico de Cristo

Los frutos del generoso holocausto de los mártires son sublimes.

El *bautismo de sangre* borra el pe- cado original y abre las puertas del Cielo a aquellos que mueren por la fe aun sin haber recibido el bautismo sa- cramental. Es lo que ocurrió con los Santos Inocentes, asesinados por or- den de Herodes, movido por odio al divino Redentor que había nacido en Belén (cf. Mt 2, 16).¹⁵

A los bautizados que han caído en pecado grave, el martirio les devuelve el estado de gracia y anula las penas temporales que deberían expiar en el Purgatorio. En resumen, el fiel es san- tificado para gozar en el Cielo de la compañía de aquel que le abrió el ca- mino del martirio.¹⁶

Además del beneficio individual, el martirio fecunda la Iglesia. Como dice Tertuliano, «sangre de mártires, semi- lla de cristianos».¹⁷ Gracias a su sacri-

ficio, innumerables almas alcanzan la misericordia,¹⁸ y el Cuerpo Místico de Cristo se fortalece y crece en todo

el orbe. Incluso después de muertos, atraen, por su heroico desprendimien- to, a multitudes hacia la luz de la fe.

¡Todos podemos ser mártires!

Al final de estas reflexiones, di- rijamos nuestra mirada hacia María Santísima, la Reina de los mártires. Con el alma traspasada por el dolor (cf. Lc 2, 35), sufrió en el Calvario lo que la teología denomina, por analo- gía, martirio moral —o martirio de co- razón—, bebiendo con su amado Hijo cada gota del cáliz de la Redención. Aun sin haber derramado sangre cor- poral, su sufrimiento, con el que nada se puede comparar,¹⁹ provenía de la su- prema unión con la pasión de Jesús.

A ejemplo de María, todos esta- mos llamados al martirio, si no por una muerte violenta, al menos por el amor vivido fervorosamente cada día. Entre- gar cada minuto de nuestra existencia al servicio de Dios es una forma bellísima de martirio. Esforcémonos «en la prác- tica callada y heroica de las virtudes de la vida cristiana ordinaria, que constitu- yen el “heroísmo de lo pequeño” y una especie de “martirio o alfilerazos”».²⁰

Aunque este martirio cotidiano sea, a menudo, más penoso y arduo que la muerte entre los dientes de las fieras, es el camino seguro hacia la santidad y nos garantiza, en el día del juicio, la recompensa eterna junto a los héroes de la fe. ✠



Matthias Süßen (CC by-sa 4.0)

Gracias a su sacrificio, innumerables almas alcanzan la misericordia, y el Cuerpo Místico de Cristo se fortalece y crece en todo el orbe

Alegoría de la fe -
Catedral de Santa Águeda, Catania (Italia)

¹ LATOURELLE, René; FISICHE-LLA, Rino (Dir.). *Diccionario de Teología Fundamental*. 3.ª ed. Madrid: San Pablo, 1992, p. 862.

² ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Teología Moral para seglares*. 7.ª ed. Madrid: BAC, 1996, t. I, p. 427.

³ Cf. PINCKAERS, OP, Servais. *The Spirituality of Martyrdom... to the Limits of Love*. Washington, D. C.: Catholic University of America Press, 2016, p. 56.

⁴ Cf. ÁLVAREZ GÓMEZ, Jesús. *Historia de la Iglesia. Edad Antigua*. Madrid: BAC, 2001, t. I, p. 102.

⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 124, a. 4.

⁶ Cf. PINCKAERS, op. cit., pp. 70-71.

⁷ Cf. ROYO MARÍN, op. cit., p. 428.

⁸ SAN MÁXIMO DE TURÍN. *Sermo LXXXVIII*: PL 57, 708.

⁹ SAN AGUSTÍN. «Enarraciones sobre los salmos». Sermón II,

n.º 1; 13. In: *Obras*. Madrid: BAC, 1964, t. XIX, pp. 534; 547.

¹⁰ Cf. TERTULIANO. *Ad martyras*, c. II, n.º 1.

¹¹ Cf. ROYO MARÍN, op. cit., p. 427.

¹² SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., a. 5.

¹³ Cf. TERTULIANO, op. cit., c. IV, n.º 9.

¹⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., a. 3.

¹⁵ Cf. *ibid.*, a. 1, ad 1.

¹⁶ Cf. ROYO MARÍN, op. cit., pp. 428-429.

¹⁷ TERTULIANO. *Apologeticus*, c. I, n.º 13.

¹⁸ Cf. ROYO MARÍN, Antonio. *Teología de la perfección cris- tiana*. 4.ª ed. Madrid: BAC, 1962, p. 345.

¹⁹ Cf. SAN LUIS MARÍA GRIG- NION DE MONTFORT. *Carta a los Amigos de la Cruz*, n.º 31.

²⁰ ROYO MARÍN, Antonio. *Jesu- cristo y la vida cristiana*. Ma- drid: BAC, 1961, p. 427.



Sangre de mártires, semilla de cristianos

En la gloriosa corona de santidad con la que Cristo adornó a su Esposa Mística, sobresale un inconfundible rubí: la sangre de los mártires!

✠ Gabriel Marques dos Santos



A lo largo de los siglos, Nuestro Señor Jesucristo ha obsequiado a su Esposa Mística, la Iglesia, con innumerables tesoros: la túnica inconsútil de la unidad, el manto albísimo de la ortodoxia, el vigoroso cetro de la autoridad pontificia y —el mayor de los dones— la corona de la santidad.

La montura de esa diadema está hecha del oro puro de la caridad y sobre ella rebrillan además ricas y variadas incrustaciones: las perlas de las vírgenes, las amatistas de los ascetas, los zafiros de los doctores...

Sin embargo, entre todos estos ornamentos, destaca un majestuoso rubí: la sangre de los mártires.

«¡Eres un mártir!»

Un episodio histórico ilustra hasta qué punto valora la Iglesia esta preciosa gema.

El 24 de marzo de 1934, el papa Pío XI recibía en audiencia privada a Mons. Teófilo Matulionis, obispo lituano que había estado recluido en campos de concentración soviéticos.

Al comienzo del encuentro, interrumpiendo la genuflexión del visitante, el propio Santo Padre se arrodilló y declaró: «¡Tú eres un mártir! Eres tú quien debe bendecirme a mí primero».¹ Como si esta excepcional deferencia no fuera

suficiente, el Papa incluso besó la frente del prelado, en señal de singular aprecio.

Aunque Mons. Matulionis no hubiera, *stricto sensu*, derramado su sangre como un mártir, los sufrimientos que padeció por amor a Cristo y por el odio a la fe de sus perseguidores guardaban una analogía tan estrecha con los de una víctima que merecían tal reconocimiento.

El propio nombre de «mártir» es considerado un honor supremo por la Iglesia, que ve en su sangre derramada por Cristo la semilla de nuevos cristianos

No en vano, el propio nombre de *mártir* es considerado por la Iglesia un honor supremo. Ya un antiguo escritor eclesiástico nos lo justifica con la célebre expresión: «¡Es semilla la sangre de los cristianos!».² Pero ¿en qué sentido?

Estímulo de fervorosos, valor de vacilantes

En primer lugar, el ejemplo de los mártires estimula a los católicos a una santa emulación, a un progreso aún mayor en la virtud y a un empeño en la expansión del Reino de Dios.

Corría el año 1220. Tras difundirse la fama de santidad y del posterior martirio de cinco frailes menores en Marruecos, Fernando de Bulhões sintió la llamada a hacerse, como ellos, hijo de San Francisco y evangelizar a los paganos, para así alcanzar también algún día la palma del martirio. ¡A esos santos misioneros les corresponde la gloria de haber contribuido, incluso después de su muerte, a que Fernando se convirtiera en el gran San Antonio de Padua!

Por otra parte, el testimonio de los mártires infunde fe y valor en quienes vacilan entre la fidelidad a Dios y las seducciones del demonio. En este sentido, las actas de los mártires están repletas de ejemplos elocuentes. Consideremos sólo uno.

Un antiquísimo documento histórico narra el atroz y sublime martirio de algunos de los primeros cristianos cartagineses, en marzo de 203. Mientras permanecían encarcelados, a la espera del día en que serían arrojados a las fieras, su fortaleza impresionó a Pudente, soldado a



Escena de un martirio, de Gherardo Starnina - Galería Nacional de Londres

cargo de la prisión, quien les manifestó una discreta simpatía. Era la brecha por la que entraría la luz en su alma...

Ya en la arena, uno de los católicos condenados, llamado Sáturo, tras haber salido ileso de varios ataques de las fieras, se dirigió así al soldado: «Como yo presumí y predije, ninguna fiera me ha tocado hasta el momento presente. Y ahora ¡ojalá creas de todo corazón! Mira que salgo allá y de una sola dentellada del leopardo voy a ser acabado».³

Cumplida su predicción, Sáturo, ya bañado en sangre, se volvió de nuevo hacia aquel a quien deseaba ganar para Cristo: «Adiós, y acuérdate de la fe y de mí, y que estas cosas no te turben, sino que te confirmen».⁴ Y, dejándolo en herencia la reliquia de un anillo empapado en su propia sangre, fue a presentarse ante el Señor.

El soldado Pudente, animado por este ejemplo, abrazó la fe. Más tarde alcanzaría también la palma del martirio.

Argumento silencioso y elocuente

El martirio —que etimológicamente significa *testimonio*— no sólo habla a los bautizados; también es un eficaz instrumento de defensa de la fe.

La finalidad del mártir no era sólo vencer, sino dar a los siglos venideros un argumento apologético de la veracidad de la narración del Evangelio

Al considerar los heroicos martirios de los primeros siglos del cristianismo, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira reflexiona sobre la finalidad de tanta sangre: «No se trataba sólo de vencer, sino de dar un argumento apologético para los siglos venideros. ¿Cuál era ese argumento apologético? [Los mártires] eran los testigos vivos de la veracidad de la narración del Evangelio. Estos testigos, para demostrar que la religión católica es verdadera, se dejaban estrangular. [...] De ahí nació la Europa católica, nació la Edad Media, nació la civilización católica».⁵

¿Puede un soldado ser mártir?

Si la gloria del martirio es tan grande para la Santa Iglesia, ¿sería lícito que un católico se defendiera de una agresión injusta? ¿Tendría la obligación de aceptar pasivamente el martirio?

En realidad, la aceptación del martirio no significa necesariamente una resignación inerte ante la injusticia. Hay ocasiones en las que Dios pide silencio y sacrificio, pero también hay circunstancias en que la gracia nos lleva a decir: «¡No, señor! ¡Me siento honrado por ser perseguido así por vosotros, y me presento con la cabeza alta! [...] ¡Acepto esta humillación con desdén, y combato a visera levantada!».⁶

En efecto, aunque el mártir no pronuncie palabras de reproche a sus verdugos, su silencio constituye una elocuente denuncia. La tradición cristiana, en palabras de Tertuliano, entendía el martirio como una forma eminente de combate: «Ciertamente lo queremos, pero del mismo modo que el soldado quiere la guerra. [...] La batalla es para nosotros el que seamos llevados ante los tribunales, para que allí, a riesgo de nuestra vida, luchemos por la verdad. Y la victoria consiste en conseguir aquello por lo que luchábamos. Victoria que conlleva la gloria de agradar a Dios y el botín de vivir para siempre».⁷

Si la Providencia invita a algunos a aceptar la muerte antes que renunciar a la fe, a otros los convoca a defenderla ante impías agresiones. La caballería medieval, por ejemplo, reflejaba esa gloria: el martirio, no en cuanto sufrido, sino en cuanto buscado en la lucha en defensa del bien.⁸

Un combatiente mártir

Para armonizar estas dos formas de heroísmo aparentemente antagónicas, basta con observar el ejemplo de San José Luis Sánchez del Río. A los 14 años, se alistó en el Ejército Cristero para defender la libertad de la Iglesia

en México, especialmente perseguida tras la promulgación de la llamada Ley Calles en 1926.

En una batalla en la ciudad de Cotija, el joven fue rodeado y apresado. Conducido ante el comandante enemigo, declaró: «General, sepa que caí prisionero no porque me rindiera, sino porque se me acabaron las balas; si hubiera tenido más, habría seguido luchando».

Después de un breve cautiverio, José fue condenado al suplício. A las once de la noche del 10 de febrero de 1928, los verdugos le arrancaron las plantas de los pies y lo obligaron a caminar por un terreno pedregoso hacia el cementerio. Al llegar a la fosa destinada a su sepultura, los soldados le propinaron más golpes, con el objetivo de llevarlo a la apostasía.

Frustrados sus intentos, el capitán de la tropa le preguntó, en tono burlón, si el pequeño héroe tenía algún mensaje que transmitir a sus padres. Altivo, José Sánchez contestó: «Sí, dígales que nos volveremos a ver en el Cielo». A continuación, pidió ser fusilado con los brazos en cruz. La respuesta fue inmediata, furibunda y despiadada: un disparo de pistola en la sien.

En el martirio del joven mexicano, podemos constatar la veracidad de la afirmación del Dr. Plinio: «Es noble que un mártir muera con los ojos puestos sólo en Dios. Es noble también morir perdonando a sus verdugos. Pero también es noble morir luchando contra ellos».⁹ Al fin y al cabo, la vida del hombre en esta tierra es una lucha (cf. Job 7, 1); ¿por qué no habría de serlo también su muerte?

Negar cualquiera de estas formas de heroísmo sería privar a la Iglesia católica de una de las múltiples glorias del cruento rubí de su corona.



San José Sánchez del Río

«Es noble que un mártir muera con los ojos puestos sólo en Dios. Es noble morir perdonando a sus verdugos... Pero también es noble morir luchando contra ellos»

Volviendo al rubí

Ahora bien, ¿qué confiere al martirio esa nobleza que lo distingue de todas las demás formas de perfección? El mártir lleva a la plenitud la imitación de Nuestro Señor Jesucristo, en la que consiste propiamente la santidad.

El amor con amor se paga. Si no hay mayor prueba de amor que dar la vida por los amigos (cf. Jn 15, 13), comprendemos bien el elogio de San Agustín: «Devolvieron lo que se había pagado por ellos».¹⁰ Y además: «“Te has sentado a una gran mesa; considera atentamente lo que te ponen, porque conviene que tú prepares otra igual” (Prov 23, 1-2). Grandiosa es la mesa en la que los manjares son el mismo Señor de la mesa. [...] Él es quien invita, Él la comida y la bebida. Los mártires reconocieron, pues, qué comían y qué bebían, para devolverle lo mismo».¹¹

La sangre de los mártires va mucho más allá de engendrar nuevos cristianos: riega a toda la Iglesia. Como miembros vivos del Cuerpo Místico de Cristo, el sacrificio de esos héroes de la fe, unido al del Redentor, beneficia a todos los fieles por la comunión de los santos. Así, su testimonio es como la savia que alimenta y fortalece a los bautizados en un misterioso flujo de gracias. Tal fecundidad brota de una profunda verdad: si cada cristiano completa lo que falta a la pasión del Señor (cf. Col 1, 24), podemos afirmar que, de manera especial, la sangre de los mártires es también la propia sangre de Cristo. ✠

¹ Cf. GAIDA, Pranas. *Bispo, prisionero e mártir do comunismo. Vida de Dom Teófilo Matulionis*. São Paulo: Artpress, 1991, p. 53.

² TERTULIANO. *El Apologético*, c. L, n.º 13. Madrid: Ciudad Nueva, 1997, p. 186; cf. CARTA A DIOGNETO, n.º 6.

³ PASSIO SANTORUM PERPETUÆ ET FELICITATIS, n.º 21. In: RUIZ BUENO, Daniel (Ed.). *Acta de los mártires*. 5.ª ed. Madrid: BAC, 2003, p. 438.

⁴ *Ibid.*

⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 18/2/1972.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 27/5/1986.

⁷ TERTULIANO, *op. cit.*, n.º 1-2.

⁸ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 7/9/1989.

⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 8/1/1972.

¹⁰ SAN AGUSTÍN. Sermón 329, n.º 1. In: *Obras completas*. Madrid: BAC, 1984, p. 186.

¹¹ *Ibid.*



Gracias de la Iglesia naciente

Durante cierto período de su adolescencia, Plinio aprovechaba el trayecto de vuelta del colegio para visitar la iglesia de Santa Cecilia, cuyo ambiente —en particular, las representaciones de los mártires— le proporcionaba una especial comunicación con lo sobrenatural.

✠ Plinio Corrêa de Oliveira

La iglesia¹ tiene la clásica forma de cruz. En el brazo derecho de ésta, por tanto, a la izquierda de quien entra, sobre el altar de la nave lateral, se encuentra la imagen de la Inmaculada Concepción. No hace falta que diga que yo iba directamente a visitarla.

Es una buena imagen, de calidad aceptable y digna de figurar en esa iglesia, aunque de una belleza muy corriente. Yo lo sabía, pero sentía gran complacencia al estar allí, cerca de Ella; y cuando rezaba tenía la impresión de que Nuestra Señora atendía la súplica que yo le hacía y transmitía a Dios, nuestro Señor, mi petición.

Al mismo tiempo, también sentía algo de la pureza de Ella, y algo por lo que Ella es inmensamente superior a todos los grados y formas de santidad posibles e imaginables. Mi alma se elevaba a un alto orden de realidades que yo no era capaz de explicar.

Una joven mártir romana

Un poco más adelante, cerca del altar de Nuestra Señora de la Inmaculada Concepción, hay una imitación, muy parroquial y provinciana, de lo que sería un sarcófago romano. Es una especie de pequeña sepultura bien hecha, de buen mármol blanco —creo que de Carrara—, totalmente encerada, con una gran cubierta de cristal transparente y biselado, donde yace una figura de cera, con cabello incluso, que representa a Santa Donata, una niña romana de 12 o 13 años que murió mártir.

Dentro de esta figura se encuentran las reliquias —supongo que son los huesos— de la propia Santa Donata. Exponer los huesos podría horrorizar la sensibilidad humana, de la cual la Santa Iglesia no es enemiga, sino, por el contrario, amiga. Resultado: se hace una graciosa escultura de cera para recubrirlos.

Cuando era pequeño —por tanto, antes de los hechos que estoy contando—, me acerqué una vez a aquella figura, con mucha curiosidad, y alguien me dio una explicación sumaria, como se suele hacer con los niños: «Es Santa Donata la que está ahí».

No obstante, como era tan pequeño, para empezar no sabía distinguir bien si estaba viva o muerta... Y si estaba muerta me preguntaba cuánto tiempo llevaba así. Pero me daba cierto reparo preguntar. Así que me quedaba mirando para ver si Santa Donata respiraba, lleno de sospechas e incertidumbres ante aquella situación. Por otro lado, aunque sabía lo que significaba la palabra *mártir*, no tenía ese concepto tan arraigado en mi espíritu como la idea de santidad, y pensaba: «¡Es una santa! ¡Oh! ¡Eso es formidabilísimo!».

Incluso más tarde, en esa época en que comencé a frecuentar más la iglesia de Santa Cecilia, no sabía con certeza si aquella figura era la propia santita, que estaba allí con su cuerpo incorrupto, o si se trataba de una imagen, dentro de la cual se encontraban sus reliquias. Había allí una placa escrita en latín, que intentaba leer y entendía en parte, pero no por completo. Aun así, tenía idea de que no se trataba exactamente de su cuerpo.

Está vestida con un bonito traje romano o, al menos, con lo que alguien del São Paulo de principios de siglo podría imaginar —sin preocupaciones arqueológicas— que era la vestimenta de una antigua *demoiselle*² romana,

Al contemplar la figura llena de adornos de Santa Donata, el pequeño Plinio se formaba una idea de virtud y de rectitud que lo tocaba profundamente

Santa Donata - Iglesia de Santa Cecilia, São Paulo



aún muy joven. Una túnica hasta los pies, hecha de seda común, pero muy arreglada, toda adornada con bordados que me parecían de oro y unas bonitas piedrecitas cosidas —de las que sólo mucho más tarde me di cuenta de que eran meros abalorios de vidrio—, que me daban la idea de una muchacha noble y acomodada, a quien sus padres habrían enterrado con esas joyas.

Adornos que refulgían como un libro de mística

Miraba con mucha atención los bordados, los abalorios, la seda y el mármol de Carrara, con la idea de que me decían algo y me explicaban quién era la mártir Santa Donata. Aquellas piedras aplicadas sobre el vestidito me daban la impresión de refulgir con algo de su santidad y de la propia santidad de la Iglesia primitiva. Era, pues, como si cada adorno fuera la palabra de una frase, la cual, a su vez, sería el conjunto de los adornos y representaría la definición de Santa Donata.

En determinado punto de la imagen hay una banda que cubre discretamente una parte del vestido y que, como remate del diseño, ostenta una especie de lirio con un cristal labrado, que imita un gran topacio u otra piedra semipreciosa. De hecho, se parece a un topacio auténtico y es, por tanto, de un amarillo dorado claro muy bonito. Miraba con especial atención aquella piedra de color, pues me parecía el centro de los adornos y, por tanto, la parte más inteligible y aprovechable del traje. No es que analizara aquello con ojos de joyero codicioso, por el valor de la piedra. ¡Ni siquiera se me pasaba por la cabeza! Era el color el que producía, en mi alma, cierto efecto.

Por lo general, a la hora en que solía ir allí a rezar, la luz entraba por los vitrales e incidía sobre el sarcófago de Santa Donata, reflejándose en el cristal biselado. Y más de una vez coincidí que los rayos del sol daban en aquel seudotopacio. Veía la luz pasear por la joya y rebrillar con bonitos reflejos en aquel

color cálido. Aquello me causaba una intensa impresión y una conmoción religiosa, llevándome a sentir mayor admiración y respeto por Santa Donata, pues la luminosidad especial de aquel adorno de cristal era como la expresión del heroísmo de la mártir. ¡Yo entendía que aquello simbolizaba sus virtudes de un modo magnífico! En mi espíritu, el color del topacio también guardaba cierta rela-



Reproducción

Un toque místico se servía de realidades materiales ponderables para hacerle intuir algo imponderable y sublime

Plinio en la década de 1920

ción con la gloria de su alma y me llevaba a comprender el género de felicidad del que gozaba la mártir. Era como si su Cielo se viviera dentro de un topacio.

Un toque místico, un trabajo de la gracia, se servía de realidades materiales ponderables —un trozo de cristal o una piedra— para hacerme intuir, a través de su valor simbólico, mediante el discernimiento de los espíritus, algo imponderable y sublime que el simple raciocinio no me habría permitido entender: cómo es la gracia en una persona que tenga analogía moral con el topacio. Al mismo tiempo, encendía en mí

el amor y la devoción por esos imponderables en el espíritu de una santita y, en ese sentido, su cuerpo, para mí, era como un libro de mística.

Sin embargo, mi emoción no se debía tanto a la propia Santa Donata. Era, sobre todo, una idea de virtud y de rectitud que me tocaba profundamente y, aunque ella no poseyera de hecho las características que yo veía, Dios quería que comprendiera hasta qué punto la santidad abarca todo eso. Así aumentaba mi respeto por la santidad como tal, al considerar aquella piedra.

San Expedito y la dignidad del Imperio romano

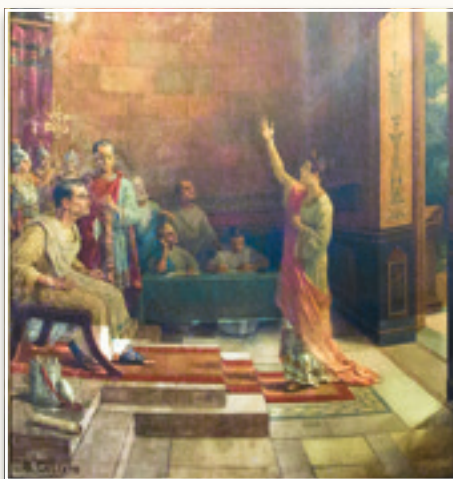
Frente a la reliquia de Santa Donata hay una imagen muy común de San Expedito, representado con una cruz en la mano y vestido de legionario romano. La condición de guerrero católico me entusiasmaba, y las corazas siempre ejercieron sobre mí una verdadera fascinación. Por eso, miraba aquella figura con un interés extraordinario.

Esas imágenes de Santa Donata y San Expedito ponían ante mis ojos cierta noción de la dignidad del Imperio romano, con mucho colorido. Me venía al espíritu la siguiente idea: «¡Qué bien vestidos están!». Y hacía un raciocinio un tanto infantil: «¡Naturalmente! Tenían que comparecer ante el emperador para ser juzgados y, aunque fuera como reos, por respeto debían presentarse así. Llevan una especie de traje de corte, con el que fueron martirizados».

Por lo demás, la palabra *romano* me parecía uno de los títulos más hermosos que podía haber. Era como una especie de palabra predestinada, que contenía todos los sonidos...

Vida de Santa Cecilia

Yo también solía prestar mucha atención a una serie de pinturas alrededor del altar mayor, obras del pintor Benedito Calixto, que representan los principales episodios de la vida de Santa Cecilia, patrona de la iglesia.



Fotos: Fabio Kobayashi

Al ver aquella representación grandiosa y llevado por el discernimiento de los espíritus, el Dr. Plinio tenía una noción de las diferentes «capas» de gracias que ellos recibían

Escenas de la vida de Santa Cecilia - Iglesia dedicada a ella en São Paulo

Una de las escenas, por ejemplo, es la conversión de Valeriano, cuya historia es la siguiente: los padres de Santa Cecilia la obligaron a casarse con este hombre, pero ella convirtió a su marido. Ambos decidieron mantener la castidad perfecta después del matrimonio, y así ella conservó la virginidad.

Entonces, la pintura representa una sala donde Santa Cecilia y Valeriano —que también fue mártir— están arrodillados, rezando o conversando, después del matrimonio. Aparece un ángel resplandeciente, que lleva en cada mano una corona de lirios blancos para los dos, lo que simboliza su propósito.

La escena está semivelada por una cortina y, escondido detrás de ella, hay un hombre mirando. Es Tiburcio, hermano del marido, que notó que estaba pasando algo extraordinario en aquel lugar donde se encontraban los recién casados y quiso ver de qué se trataba. Se acercó sigilosamente, sin que ellos se dieran cuenta, apartó la cortina y consiguió descubrir la escena justo en el momento en que el ángel descendía con las coronas, irradiando haces de luz. Entonces, los dos miran la aparición con aire extasiado, mientras Tiburcio permanece en actitud de quien está pasmado, muy asombrado...

Al ver aquella representación grandiosa y llevado por el discernimiento de los espíritus, yo tenía una noción de las diferentes «capas» de gracias que ellos recibían y de cuál era la gracia propia de cada uno. La pareja se encontraba mucho más arriba y el otro apenas estaba comenzando. ¡Aquello me encantaba!

Supe que Santa Cecilia convirtió después a su cuñado Tiburcio, que también fue mártir. Así, los tres emprendieron el camino del martirio.

Escenas del martirio

En otra escena, se ve a Santa Cecilia haciendo una proclamación de fe, que es también una invectiva contra los ídolos, y negándose a rendirles culto. Tenía la impresión de que ya se encontraba ante los verdugos, pero luego,

mirando mejor, me di cuenta de que se trataba de un tribunal.

También miraba la representación del martirio, en la que aparece degollada y postrada, con sangre corriendo por el cuello. Me parecía que se trataba de una decapitación común, pero, tiempo después, al leer una vida de Santa Cecilia, comprobé algo que me causó un escalofrío horroroso: aquella decapitación había sido mal ejecutada, porque el verdugo no le cortó el cuello por completo, y su cabeza quedó un tanto unida al tronco, por tanto, en las más atroces circunstancias. Aún con vida, estuvo en esa situación durante tres días y, al no poder ya hablar para expresar su creencia en la Santísima Trinidad, respondía a sus sayones mostrando tres dedos extendidos. Así permaneció la virgen hasta morir, desafiando a los propios verdugos.

Las gracias de la Iglesia naciente

La siguiente escena muestra una misa en las catacumbas, y en ella se ve un juego de luz.

Esas pinturas de Benedito Calixto que representan la vida de Santa Cecilia, aunque son muy corrientes e incluso objetables en cuanto a la perspectiva, son bonitas y hay en ellas una especie de inocencia provinciana, además de cierta particularidad, no desde el punto de vista artístico, sino social: revelan el consenso que existía, a finales del siglo pasado, sobre el ambiente de la Iglesia primitiva.

De hecho, expresan dignamente —aunque no de un modo enteramente verdadero— las gracias de la Iglesia naciente. ❖

Extraído, con adaptaciones, de: *Notas autobiográficas*. São Paulo: Retornarei, 2014, t. iv, pp. 33-53.

¹ Iglesia parroquial de Santa Cecilia, situada en la plaza del mismo nombre, en la ciudad de São Paulo.

² Del francés: doncella, señorita.



¿El más perfecto de los actos humanos?

✠ P. Eduardo Miguel Caballero Baza, EP



Desde los albores del cristianismo, el martirio ha sido para los fieles motivo tanto de temor como de fascinación. El simple recuerdo de lugares como el Circo Máximo y el Coliseo Romano o de nombres como Lorenzo, Sebastián e Ignacio de Antioquía, por ejemplo, evoca gestas de tal grandeza y pulcritud que superan con creces los paradigmas humanos. ¡Cuán pequeños parecen los héroes paganos comparados con estos paladines, que, en medio de grandes tribulaciones, lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero (cf. Ap 7, 14)!

¿Qué los llevó a tales actos de valentía? ¿El mero desencadenamiento de energías naturales con miras a la exaltación del propio ego? ¿O actos de virtudes excelsas practicadas bajo el impulso de la gracia divina? En este caso, ¿qué virtudes estarían más directamente implicadas en el acto del martirio? Santo Tomás aborda este tema en la *Suma Teológica*, II-II, q. 124, a lo largo de cinco artículos.

Dado que el hombre está compuesto de cuerpo y alma, las potencias de ésta no siempre actúan de forma ordenada, haciendo prevalecer en ella lo que hay de más noble, es decir, la razón iluminada por la fe. Ahora bien, ante los múltiples embates de

los perseguidores de la fe, ya sea mediante falaces sofismas, insultos morales o actos de violencia, se le exige al mártir firmeza en la verdad y en la justicia para que no claudique ante los sufrimientos. Tal perseverancia sólo puede ser obra de la virtud, pues a ella compete «permanecer en el bien de la razón» (a. 1).

Entre las virtudes fundamentales presentes en el martirio, destaca la fortaleza, a la que pertenece «confirmar al hombre en el bien de la virtud contra los peligros, sobre todo contra los peligros de muerte» (a. 2). De este modo, si la fortaleza tiene el gran mérito de estar en el núcleo del martirio, de ser la «virtud madre» de la que procede el acto del martirio, éste tiene como fin la confirmación de otra virtud aún

más excelsa: la fe. ¡Todo mártir es un valiente soldado de Cristo, pero, sobre todo, un insigne héroe de la fe!

Sin embargo, la virtud *princeps*, aquella que resplandece en el acto del martirio «como primer y principal motivo» (a. 2, ad 2), es la caridad, fin último de todo impulso perfectivo del alma humana. Como afirma el Apóstol, «si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría» (1 Cor 13, 3).

El Aquinate concluye su glosa sobre el tema con la siguiente pregunta (cf. a. 3): ¿Es el martirio el acto de mayor perfección? Explica que, si se examina desde la perspectiva de la virtud de la que emana —la fortaleza—, no se puede decir que sea el más perfecto de los actos, puesto que

soportar la muerte no es de suyo encomiable, salvo en cuanto ordenado a un bien superior.

No obstante, si lo consideramos a partir de su motivo principal —el amor de caridad—, podemos afirmar que es, «entre los demás actos humanos, el más perfecto en su género», porque la caridad «es el vínculo de perfección» (Col 3, 14). Así declara el divino Maestro: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). ✠



El martirio puede considerarse el más perfecto de los actos humanos desde la perspectiva de la caridad, vínculo de perfección

Martirio de San Ignacio de Antioquía - Basílica de San Clemente, Roma

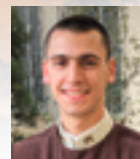
David Domínguez



La promesa venció al volcán

El 6 de agosto de 1875, osaron asesinar a una promesa de Dios. Pero ésta triunfó, proclamando que es inmortal el Dios de las promesas.

✠ **Ángelo Francisco Neto Martins**



Juan Carlos Villagómez

Ya se han escalado los mil quinientos metros de muralla. Queda por conquistar el corazón palpitante del castillo. Los prudentes desisten. Sólo dos temerarios se atreven a avanzar: Wisse y Gabriel.

¡Al asalto! El volcán Pichincha, último bastión del misterio en la geografía ecuatoriana, está a punto de ser tomado este 15 de enero de 1845.

Pero el cráter se resiste a ser vencido y hace valer su naturaleza indómita. De repente, un monstruoso peñasco se precipita sobre el joven Gabriel. ¡Es su último segundo de vida!

* * *

Habría sido su último segundo de vida... si sobre él no velara una promesa mucho más grandiosa que todas las rocas incandescentes arrojadas por aquel volcán.

En efecto, el 16 de enero de 1599, María Santísima había profetizado a los pies de ese mismo Pichincha: «En el siglo XIX vivirá un presidente verdaderamente cristiano, varón de carácter, a quien Dios nuestro Señor dará la palma del martirio en la plaza donde está éste mi convento. Él consagrará la República al Divino Corazón de mi Hijo Santísimo».¹

Gabriel ignoraba estas palabras de la Virgen. Sin embargo, sobre él chocaron aquel día la promesa y el volcán. ¡Y la

promesa venció! A partir de entonces, no obstante, le correspondería al intrépido joven hacer realidad, contra todos los volcanes, esa promesa que desconocía.

¡Estalla la juventud!

Gabriel García Moreno vivía con efervescencia sus 23 años en Quito, la capital de Ecuador.² Ya impartía clases y ejercía como abogado; estudiaba Física y Matemáticas, realizaba experimentos de química, cartografiaba cráteres activos...

Como se puede apreciar, no le faltaba una inteligencia multifacética y prodigiosa. De hecho, había dejado Guayaquil —ciudad donde nació la víspera de la Navidad de 1821— para estudiar en la única institución de enseñanza superior del país, hoy Universidad Central del Ecuador.

Fue entonces cuando hubo de enfrentarse solo al inevitable volcán de la juventud. Lejos de sus padres, en plena mocedad, con tiempo disponible y prestigio intelectual, lo tenía todo para ser engullido por la lava de la concupiscencia. Pero no fue eso lo que ocurrió. Cuando despertaron los inevitables ardores de aquella edad para robarle el corazón, éste ya había sido arrebatado por la ciencia.

En su horario de estudiante no había vacaciones. Se levantaba a las tres de la

madrugada para hojear durante largas horas los libros de Derecho —la carrera que cursaba—, así como los de Ciencias Naturales y Matemáticas. ¿Descansaba? Sí, aprendiendo idiomas...

El volcán de sus años juveniles había entrado en erupción, pero sobre los campos de la ciencia, fertilizándolos. La promesa seguía venciendo.

El joven volcán

Sin embargo, otra pasión, mucho más arriesgada, surgió en el espíritu de García Moreno: la política. Corría el año 1843 y el estudiante participaba en una conspiración para derrocar al régimen de índole autocrática. Se dice que, puñal en mano, llegó a esperar en una esquina de Quito, en plena noche, al jefe de Estado, Juan José Flores. No es del todo improbable, dado el carácter que lo incendiaba.

En su interior ardía un temperamento volcánico —incansable, magmático y productivo—, que encajaba a la perfección con la promesa de María acerca de un «varón de carácter»... El problema era que semejante índole provocaba efectos colaterales desconcertantes, como retar a duelo a un soldado o editar él solo un periódico extraordinariamente agresivo, cuyos acerbos dardos varios hombres del Gobierno —y de la Iglesia!...— experimentaron.

Recordemos que este joven carecía de cualquier apoyo político o económico, quedando a merced de la cárcel o del destierro, cuando no del patíbulo. Pero sólo hasta 1847, año en que se casó con Rosa Ascásubi, oriunda de una influyente y adinerada familia quiteña. Con ello todo se resolvió. En poco tiempo, asumió importantes cargos gubernamentales.

Estaba a salvo de la pobreza. No de la política ni de su temperamento: dos volcanes infatigables.

Vencido...

Esas dos fábricas de explosiones seguían sumamente activas: en poco más de dos años, estallaron diecisiete revoluciones en el país, y en Quito vieron la luz tres nuevos periódicos de García Moreno, cada uno más implacable que el anterior: *El zurriago*, *El vengador*, *El diablo*...

¿Quién era más activo: el inquieto Ecuador o el inquietante ecuatoriano? Es difícil responder... pero llegó el día en que la política venció al político: cuando éste fundó su cuarto periódico, en 1853, para desafiar al poder, el cual —escribía Gabriel— usaba y abusaba del «derecho de la opresión» y del «privilegio vergonzoso del peculado y del robo».³

El Gobierno lo obligó entonces a cruzar la frontera. García Moreno estaba derrotado. No obstante, sería en la tierra de su destierro, Perú, donde comenzaría la guerra de su vida: la escalada del volcán interior.

... ¡se venció!

Por entonces, ¿era católico? «Soy católico —afirmó en cierta ocasión— y me glorío de serlo, si bien no puedo contarme en el número de los devotos».⁴ Un católico no practicante, por usar los paradójicos términos de nuestros días. Pero la Virgen había profetizado que sería «verdaderamente cristiano», y haría prevalecer su palabra.

Voluminosas lecturas de filosofía y teología escolásticas, unidas a la soledad forzada de Paita —una pequeña lo-

calidad peruana donde se recluyó—, le fueron desvelando a García Moreno los horizontes de la fe. Quizá alentado por esos luminosos impulsos, a finales de abril de 1855 partió hacia Europa, con destino a París. Su objetivo era profundizar en los conocimientos científicos. Sin embargo, Dios tenía otros planes.

¡El sudamericano lleva una vida escandalosa en París! Estudia unas doce horas al día, desdeña los refinados bailes parisinos y conserva intacta, a pesar de la distancia, su fidelidad conyugal. Un auténtico escándalo o, en otras palabras, un católico coherente... aunque no del «número de los devotos».

Pero un día todo cambió.

Discutía Gabriel sobre la eficacia de los sacramentos, defendiendo con ahínco estas maravillas de la gracia. De repente, uno de sus compañeros le arguye:

—Usted habla muy bien, pero me parece que lo descuida un poco en la práctica. ¿Desde cuándo no se confiesa?

—Me ha respondido usted con un argumento personal que tal vez le pa-

rezca excelente hoy, pero que mañana no valdrá más.

Esa misma tarde, Gabriel va a confesarse. De ahí en adelante, asistirá a misa todas las mañanas y rezará el rosario diariamente. Será «verdaderamente cristiano».

Vencido, se venció a sí mismo.

10 de marzo de 1861

Mientras tanto, Ecuador continuaba con sus «erupciones» políticas. En una de ellas, García Moreno fue amnistiado y regresó a su patria en diciembre de 1856. Su prestigio se había acrecentado durante su ausencia y pronto lo nombraron alcalde de Quito. Unos meses después asumía un papel dirigente en el triunvirato —gobierno provisional formado por tres miembros— tras una grave crisis.

Pero estalló una nueva sublevación, durante la cual a nuestro protagonista le usurparon sus poderes y lo encarcelaron. No obstante, su personalidad era más sólida que las rejas:

—¿A quién has jurado ser fiel? —le preguntó al guardia de la prisión.

—Al jefe del Estado.

—El jefe del Estado soy yo.

El centinela saludó militarmente al recluso, quien, con paso solemne, escapó de la cárcel por la puerta principal. Y la autoridad que allí se había afianzado se consolidaría a escala nacional menos de dos años después.

10 de marzo de 1861. En Quito, la Convención elige al Dr. Gabriel García Moreno como presidente de la República, por treinta y siete votos contra uno. Por fin había sido dominado aquel enorme volcán: Ecuador.

«¡Tirano! ¡Dictador!»

Es el momento de la gran obra de este católico apostólico romano. Pero antes de recordar cuanto impulsó, es necesario desmentir ciertas calumnias que lo tildan de tirano y dictador. Veamos por qué.

¿Puede llamarse aprovechado un hombre que se empobrece cada vez que ocupa un cargo, que no nombra a familiares como ministros, que castiga a



La Virgen había profetizado que sería «verdaderamente cristiano», y haría prevalecer su palabra

Gabriel García Moreno; en la página anterior, el volcán Pichincha, Quito



Reproducción

La Madre del Buen Suceso presenta a Gabriel García Moreno, su promesa cumplida, al Dios que no muere, sino que triunfa en sus mártires

Nuestra Señora del Buen Suceso - Real Monasterio de la Inmaculada Concepción; en el destacado, el cuerpo de García Moreno poco después del asesinato

culpables incluso cuando son sus amigos? ¿Es un dictador un hombre elegido y reelegido con casi unanimidad, que intenta renunciar a la presidencia y no se lo permiten, cuya Constitución es aclamada por todo el pueblo? Qué «dictadura» inédita...

Tirano: he aquí el título que le dan por haber aprobado la pena capital en una época en la que figuraba en las leyes de todos los países —la primera nación en abolir la pena de muerte fue Venezuela, en 1863—. Un tirano que, sólo después de perdonar en varias ocasiones a un general culpable de reiterados delitos de alta traición, decreta finalmente su ejecución. El militar es arrestado y no quiere huir, a pesar de la negligencia de los guardias, pagados por García Moreno para que dejaran escapar al traidor a la patria... El delincuente es llevado al cadalso, pero el presidente no acude al acto. ¿Qué hacía? Rezaba por el condenado, como lo había hecho durante toda la noche —un «tirano», admitámoslo, bastante original...—. El arzobispo interrumpe las oraciones del presidente para suplicar clemencia para el reo. Y recibe la respuesta de un hombre de conciencia a la vez delicada y fuerte:

— Si usted me asegura que incurro en pecado venial por esta sentencia de muerte, perdono al condenado, aun exponiendo la paz de la República.

El prelado no tuvo nada que objetar.

El desarrollo de una nación católica

Dejando a un lado las calumnias, pasemos a los hechos.

Los años del gobierno de García Moreno marcan un hito en el gran desarrollo de Ecuador. Esta tierra, en treinta y nueve años, había sufrido nada menos que cincuenta revoluciones. Por fin llegaba la estabilidad y, con ella, la renta anual se multiplicó por siete; llegaron el ferrocarril, el telégrafo, setecientos kilómetros de caminos, más de cien escuelas, enseñanza universal... y tantos otros avances que desafían cualquier capacidad de síntesis.

Resumamos, pues, esta magna obra en su punto neurálgico. García Moreno buscaba ante todo «restablecer el imperio de la moral, sin la cual —explicaba— el orden no es más que tregua o cansancio y fuera de la cual la libertad es engaño y quimera». ⁵ ¿Cómo lo consiguió? Infundiendo en la sociedad el espíritu de la Iglesia.

Su Constitución, aprobada por más del 95 % de la población, es emblemática. En ella podemos leer: «Para ser ciudadano se requiere ser católico». ⁶ A la vista de todo lo que deriva de esta premisa, ¿cuál es el resultado? La principal cárcel de Quito, con capacidad para trescientos reclusos, apenas albergaba cincuenta.

Con Ecuador así preparado, había llegado el momento de que se cumpliera

la profecía: «Él consagrará la República al Divino Corazón de mi Santísimo Hijo». El 25 de marzo de 1874, finalmente, Ecuador es dedicado al Sagrado Corazón de Jesús. De pie, tras el repique de las campanas y las salvas de cañón, ante la nación, García Moreno se dirige al Rey Eterno: «Éste es, Señor, vuestro pueblo».

He aquí los frutos de la pujante vida interior de Gabriel. Su actividad iba generando el nuevo Ecuador, porque él mismo se había transformado.

El volcán produce viñedos

El nuevo Gabriel de 50 años ya no es el viejo Gabriel de la juventud. Su temperamento, siempre magmático, obedece ahora a los dictados de la razón. Su humildad lo lleva a pedir que lo corrijan y a rechazar honores. Y el pueblo, admirado, sigue observando a su presidente visitando a leprosos, enseñando el catecismo a agricultores, asistiendo a misa todos los días y desgranando largamente el rosario.

Su programa espiritual, escrito en un papel, es más que elocuente: conservar siempre la presencia de Dios, hacer lo contrario a lo que dicte su humor colérico, hacer examen de conciencia tres veces al día, no hablar de sí mismo, refrenar la vista y el paladar. He aquí algunos de los propósitos llevados a cabo por el hombre más ocupado de Ecuador.

Gabriel, que había escalado el Pichincha antes de los 25 años, sólo alcanzaría su propia cima tras cumplir medio siglo de vida. Comentando una de sus fotografías de su madurez, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira observa: «Al hacer de sus defectos como volcanes extintos, en cuyas laderas nacen viñedos —más o menos como el Vesubio que, cuando se sabe tratar, produce viñedos espléndidos—, hay en él algo de una superior y magnífica coherencia, de una superior y magnífica rectitud, [...] que hacen que él no esté mirando a nada en concreto ni a nadie, sino que contemple algo que existe muy por encima de sí mismo».⁷

¿Qué vislumbraba por encima de él? Quizá una promesa que susurraba: «un presidente a quien Dios dará la palma del martirio en la plaza donde está éste mi convento»...⁸

La victoria final

6 de agosto de 1875, primer viernes del mes, día de la Transfiguración del Señor. El presidente de Ecuador se encuentra en la galería del Palacio de Gobierno, frente a la plaza que une el edificio con el real monasterio de la Inmaculada Concepción, de las monjas concepcionistas, donde se encuentra

una hermosa imagen de Nuestra Señora del Buen Suceso que había profetizado maravillas en 1599.

Acaba de rezar en la catedral, donde quizá haya repetido a Dios la súplica que le había dirigido al Papa: morir en defensa de la fe y de la Iglesia.

De repente, un grito:



«Hay en él algo de una superior y magnífica coherencia, de una superior y magnífica rectitud»

Retrato oficial de Gabriel García Moreno, de Luis Cadena

—¡Tirano!

Y un golpe de machete impacta en la nuca de García Moreno. Éste se defiende con su bastón, pero llegan otros jóvenes asesinos, sin duda instigados al crimen por instancias superiores. El presidente, tras recibir disparos y puñaladas, es empujado y rueda por los escalones hasta la plaza.

Uno de los asesinos corre hacia él y le acuchilla repetidamente en la cara, mientras grita:

—«¡Muere! ¡Muere!»

Entre golpe y golpe, García Moreno aún encuentra fuerzas para lanzar un último grito de fe:

—«¡Dios no muere!»

* * *

Sobre Gabriel chocaron aquel día la promesa de la Virgen y el volcán de la serpiente infernal. ¡Y la promesa triunfó!

¡Sí, triunfó! Ésta había ganado al Pichincha, dominado a Ecuador, subyugado a Gabriel. Sólo le faltaba vencer a Dios... ¡Y Dios sólo es vencido por la cruz!

Mientras el pueblo recogía reliquias de su amado líder, Nuestra Señora del Buen Suceso presentaba a Gabriel García Moreno, su promesa cumplida, al Dios que no muere, sino que triunfa en sus mártires. ✙

¹ SOUSA PEREIRA, OFM, Manuel. *Vida admirable de la Madre Mariana de Jesús Torres y Berriochoa*. Quito: Jesús de la Misericordia, 2008, t. I, p. 159. Cabe recordar que este libro se publicó por primera vez en 1790 (cf. GUERRERO SAMANIEGO, Carlos Humberto. *Fray Manuel Sousa Pereira: ¿Un franciscano oculto en el olvido?* Guayaquil: [s. n.], 2019, p. 18).

² Los datos históricos incluidos a lo largo de este artículo se han tomado y contrastado a partir de las siguientes obras: GÁLVEZ, Manuel. *Vida de Don Ga-*

bríel García Moreno. Quito: Jesús de la Misericordia, 2012; BERTHE, CSsR, Augustin. *García Moreno. Le héros martyr*. París: Retaux-Bray, 1939; PATTEE, Ricardo. *Gabriel García Moreno. E o Equador do seu tempo*. Petrópolis: Vozes, 1956.

³ PATTEE, *op. cit.*, p. 124.

⁴ GÁLVEZ, *op. cit.*, p. 151.

⁵ *Ibid.*, p. 265.

⁶ *Ibid.*, p. 462.

⁷ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 13/1/1977.

⁸ Respecto al asesinato de García Moreno, así se expresó el Beato Pío IX, pontífice entonces reinante, en un discurso a los peregrinos en la ciudad francesa de Laval, en septiembre de 1875: «Los sectarios decretaron la muerte del respetable presidente, y éste ha caído bajo el hierro del asesino, víctima de su fe y de su caridad cristiana por su patria». En el mismo sentido se manifestó el papa León XIII, el 20 de enero de 1888, en una audiencia concedida a un representante del gobierno ecuatoriano: «Un hombre que fue el

campeón de la fe católica, y a quien se aplican con toda justicia las palabras de que se sirve la Iglesia para celebrar la memoria de los santos mártires Tomás de Canterbury y Estanislao de Polonia: cayó por la Iglesia bajo el puñal de los impíos». El proceso diocesano para la beatificación de García Moreno fue iniciado en 1939 por el cardenal Carlos María de la Torre, arzobispo de Quito, por lo que puede ser considerado Siervo de Dios.



Mártir del amor

En la fidelidad eximia a su vocación, la «pequeña flor» del Carmelo brilló por la virtud de la fortaleza como un guerrero en el campo de batalla o un San Lorenzo ardiendo en la parrilla.



✠ Bruna Almeida Piva

Corría el año 1887. Dos jóvenes francesas paseaban por Roma en una agradable mañana de noviembre, acompañadas por su padre. Se dirigían en peregrinación al famoso y emblemático Coliseo, que pronto apareció ante ellas, armonioso, imponente, serio, a la vez ligero y monumental... un auténtico testigo mudo, vencido, pero perseverante frente a los ultrajes de los siglos.¹ Al verlo, ambas se estremecieron: ¡estaban ante el lugar donde tantos mártires habían sacrificado sus vidas por Nuestro Señor Jesucristo!

Se acercaron para besar aquel suelo santificado con tanta sangre cuando se encontraron con una barrera que les impedía entrar... Entonces se empeñaron en averiguar cómo acceder allí. Sobre ese momento, la más pequeña, Teresa Martín, relató más tarde: «Al ver a un obrero que pasaba con una escalera, estuve a punto de pedirselas; pero, por suerte, no llevé a cabo mi idea, porque me habría tomado por una loca...».²

Poco después, sin embargo, Teresa encontró un sitio donde los escombros tocaban la valla y la hacían franqueable. Llamó rápidamente a su hermana, Celina, y las dos comenzaron a escalar intrépidas las sagradas ruinas. «Papá nos miraba, asombrado por nuestra au-

dacia. En seguida nos dijo que volviéramos, pero las dos fugitivas ya no oían nada. Al igual que los guerreros sienten cómo aumenta su valentía en medio del peligro, así nuestra alegría crecía en proporción al esfuerzo que hacíamos para alcanzar el objeto de nuestros deseos. [...] Al poco, habiéndolo encon-

¿Atribuir a Santa Teresa el título de mártir será un halago superficial, más impregnado de sentimiento que de razón?

trado y estando arrodilladas en aquella tierra sagrada, nuestras almas se fundieron en una misma oración... Mi corazón latía con mucha fuerza cuando mis labios se acercaron al polvo teñido de la sangre de los primeros cristianos. Pedí la gracia de ser también mártir por Jesús y sentí en lo más profundo de mi corazón que mi oración ¡había sido atendida!...».³

«He aquí el sueño de mi juventud»

Quien haya conocido la vida de Santa Teresa del Niño Jesús y se haya familiarizado con su pequeña doctrina habrá comprobado la autenticidad de esta exclamación suya: «El martirio: he aquí el sueño de mi juventud»,⁴ sueño que creció con ella en el claustro del Carmelo como uno de los rasgos más destacados de su espiritualidad.

De hecho, toda su existencia exhala el precioso perfume del holocausto que tantos cristianos sufrieron por su fe en los albores del cristianismo. A lo largo de su trayectoria por esta tierra de exilio, por ejemplo, solía pronunciar frases como éstas: «A mí me es igual vivir que morir! [...] Se acabaron las alegrías de la tierra; para mí no puede haber más que alegrías celestiales. [...] ¡Oh, Jesús!, que sea yo tu feliz víctima. Consume esta pequeña hostia tuya con el fuego del amor divino. [...] Quiero ser fascinada por tu divina mirada; quiero convertirme en presa de tu amor».⁵

Esos fervorosos y auténticos pensamientos son tan dignos de un mártir como lo fueron las palabras paradigmáticas del gran San Ignacio de Antioquía: «Trigo soy de Dios, y por los dientes de las fieras he de ser molido, a fin de ser presentado como limpio pan de Cristo. [...] A aquel quiero que

murió por nosotros. A aquel quiero que por nosotros resucitó. [...] Mi amor está crucificado y no queda ya en mí fuego que busque alimentarse de materia: sí, en cambio, un agua viva que murmura dentro, de mí y desde lo íntimo me está diciendo: “Ven al Padre”».⁶

Pero, por otra parte, atribuir a Santa Teresa el título de mártir puede parecer un halago superficial, más impregnado de sentimiento que de razón. Al fin y al cabo, simples palabras, por muy sinceras y apasionadas que sean, no constituyen un *martirio*. Sobre todo porque ella nunca sufrió persecución religiosa hasta el día en que cerró los ojos a esta vida en su plácido lecho de tuberculosa, rodeada de sus hermanas de hábito, tras los silenciosos muros del Carmelo...

Este último argumento sería decisivo si la teología no enseñara que la vida religiosa es un verdadero martirio, aunque no en sentido estricto, sino por una profunda analogía. Santo Tomás de Aquino⁷ comenta, citando a San Gregorio Magno, que cuando alguien entrega a Dios *todo* cuanto tiene y *toda* su vida, por medio de un voto, ofrece un holocausto. Al abrazar la vocación carmelitana con eximia perfección, Santa Teresa agotó exhaustivamente ese «todo» y brilló por la virtud de la fortaleza más que un guerrero en el campo de batalla,⁸ o tanto como un San Lorenzo ardiendo en la parrilla.

No hay mayor prueba de amor...

La clave para comprender el holocausto de la Santa de Lisieux reside en su amor incondicional a Dios. Ella misma se refería a su camino espiritual como un *martirio de amor*, y de hecho alcanzó «el ejercicio y el premio de mártir»,⁹ no por el mismo suplicio de los mártires, como enseña San Agustín,¹⁰ sino por la misma causa: la caridad.

Como fruto inmediato de esta virtud, demostró una abnegación inquebrantable. «Si alguno quiere venir en pos de

mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga» (Mt 16, 24), enseñó el divino Maestro. Y Santa Teresa hizo de tales palabras la regla de su conducta, el látigo con el que ella misma laceró su naturaleza pecadora para ofrecerla en sacrificio a Dios. Como confirmación de esta verdad, podrían narrarse aquí muchos ejemplos de su vida, de los cuales sólo recogemos algunos.

Cuenta una de sus novicias que, tanto en sus ratos libres como en los momentos de trabajo, procuraba siempre atender con amabilidad a cualquiera que la interrumpiera, incluso cuando abusaban de su buena voluntad o le exigían que hiciera alguna tarea a la que no estaba obligada. Para ella, ésa era la actitud más natural y se desvivía por complacer a todas.

Respecto a una hermana de hábito, que, según la propia santa, tenía el don de desagradarla *en todo* y que le provocó muchos y violentos combates interiores, se comportaba con la mayor amabilidad posible. Siempre buscaba su compañía y solía sonreírle con tanto cariño que la religiosa llegó a creerse especialmente querida. «Desde que nos

conocimos —afirmó en cierta ocasión con ingenuidad—, experimentamos una atracción mutua irresistible».¹¹ La propia comunidad creía que entre ambas existía una amistad tan estrecha que llegó a despertar cierta envidia en María, hermana de sangre de Santa Teresa...

Otro ejemplo encantador que nos dejó la santa carmelita fue su comportamiento con una de sus novicias, de índole tenaz y modesta inteligencia. Sor Marta de Jesús, como se llamaba, declaró más tarde: «[La Sierva de Dios] fue para mí de una bondad y de una caridad que no podrá revelarse si no es en el Cielo. [...] Sin embargo, la hice sufrir mucho por mi carácter difícil; pero puedo afirmar, con toda verdad, que conservó siempre la misma dulzura, la misma igualdad de carácter. [...] Nunca me rechazó a pesar de la frecuencia de mis visitas; nunca manifestó el menor enojo al recibirme».¹²

La hermana Marta solía enfadarse con ella y, cierta vez, llegó a decirle incluso cosas que sin duda le causaron gran pena. Santa Teresa no mostró disgusto alguno y contestó con calma y bondad, rogándole a continuación que

«Pedí la gracia de ser también mártir por Jesús y sentí en lo más profundo de mi corazón que mi oración había sido atendida»

Coliseo - Roma; destacada, Santa Teresa del Niño Jesús en 1885. En la página anterior, la santa carmelita en 1889



Reproducción





la ayudara en cierto trabajo. Molesta, la novicia quiso entonces poner a prueba la paciencia de la santa y dejó de responder a cuanto le decía. Pero, finalmente, no pudo sino rendirse ante su bondad y pedirle perdón por su mal comportamiento.

Al haberse comportado como una madre ante los numerosos caprichos, extravagancias y brutalidades de esa religiosa, Santa Teresa se ganó su inmensa estima y acabó conquistándola para Dios, convirtiéndola en una buena religiosa. «No me cansaba de ver con qué caridad me trataba —relata sor Marta—; [...] no sabía expresar la gran abnegación que ella infundió en mi alma».¹³

Fidelidad a la regla

Si en lo que respecta a sus compañeras de claustro Santa Teresa demostró la autenticidad de su amor a Dios (cf. 1 Jn 4, 20-21), mediante la observancia de la regla carmelitana manifestó la radicalidad de ese amor y su audacia.

De salud delicada, padecía constantes y fuertes molestias estomacales desde que ingresó en la vida religiosa. No obstante, nunca pidió que la dispensaran de los ejercicios comunes ni del trabajo arduo. Tenía por norma aguantar hasta el agotamiento antes de quejarse a su superiora. «[Si] puedo todavía caminar —decía ella—, debo estar en mi obligación».¹⁴

No es difícil imaginar cuánto le costaron, en medio de tales molestias, las largas horas de canto del oficio, la ali-

mentación austera, las cortas noches de sueño que tantas veces pasó en vela a causa del frío, al que era muy sensible... ¿Quién podría calcular el valor de estos sacrificios ocultos soportados a lo largo de los años? Y perseveró en ese propósito incluso tras el inicio de la tuberculosis, enfermedad que la llevó a la muerte...

«No debemos darnos una vida cómoda. Puesto que pretendemos ser mártires, es preciso emplear los instrumentos que para ello tenemos»,¹⁵ enseñaba ella. Lo arduo de este martirio radica en que el religioso debe aplicarse a sí mismo voluntaria y amorosamente los instrumentos de suplicio, sin ayuda de despiadados verdugos, y ello cuando la naturaleza humana aprecia demasiado la carne propia para aborrecerla, y ama demasiado su propia vida para perderla enteramente al servicio de Dios.¹⁶

Santa Teresa terminó sus días sin pronunciar palabras inútiles, sin perder un minuto, sin consentir en una sola falta de caridad ni en un solo im-

«No debemos darnos una vida cómoda. Ya que pretendemos ser mártires, es preciso emplear los instrumentos que tenemos»



Reproducción

Si en lo que respecta a sus compañeras de claustro demostró la autenticidad de su amor a Dios, mediante la observancia de la regla carmelitana manifestó la radicalidad de ese amor y su audacia

Religiosas del Carmelo de Lisieux durante un período de trabajo; destacada, Santa Teresa del Niño Jesús

pulso de mal humor, sin la más mínima infidelidad a la regla. En una palabra, no dejó escapar ningún pequeño sacrificio; y estas *nadas*, como ella las consideraba, fueron las que la molieron y la transformaron en limpio trigo de Dios.¹⁷

«Sólo la inmolación total de uno mismo merece el nombre de amor»:¹⁸ he aquí la esencia del martirio y la definición de la vida de la Santa de Lisieux. ¡Cuántos mártires, sometidos voluntariamente a la crueldad de sus verdugos, habrían vacilado en entregarse a esa muerte continua, de todos los momentos! Quizá se cansarían de ese holocausto «a fuerza de alfilerazos»¹⁹ y apostatarían... pues es más fácil abrazar la muerte en un instante por la fe en Cristo que entregarle día a día, jirón a jirón, trozo a trozo, el preciadísimo don de la vida.²⁰

La perfección de todos los sacrificios

El rostro humano es un reflejo del alma. Concluyamos, pues, estas reflexiones contemplando unos instan-



«Sólo la inmolación total de uno mismo merece el nombre de amor»

Santa Teresa en 1896

tes una fotografía de Santa Teresa. De entre las muchas que se prestarían a nuestro análisis, detengámonos en ésta, donde aparece de rodillas, sosteniendo lirios blancos frente a una cruz.

Según comenta el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, su semblante se muestra indescriptiblemente doloroso, pero sonriente; no busca ocultar su propio dolor, «sino afirmarse mediante un prodigio de virtud, de fidelidad a la gracia, a pesar del dolor. Los labios sonríen sólo porque la voluntad quiere que sonrían»,²¹ en una actitud de profunda fe. Su mirada luminosa irradia paz, dejando entrever, detrás de ella, uno de esos océanos de sacrificio tan grandes que solamente caben en un alma católica y generosa.

Al observar esa figura angelical, afloran a nuestros labios pocos elogios más adecuados para calificarla que el de *mártir* de la vida religiosa. Procuremos, pues, admirarla; pero no con ese embeleso efímero e infructuoso propio de la mentalidad hodierna, sino con espíritu católico, que nos lleva a imitar las virtudes que amamos.

Y para alcanzar el éxito en esa imitación, supliquemos: ¡Oh, Santa Teresa del Niño Jesús, enséñanos a encontrar en el amor a nuestras pequeñas cruces la perfección de todos los sacrificios de nuestra alma! ✠

¹ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Dois ideais: o direito e a máquina». In: *Catolicismo*. Campos dos Goytacazes. Año IV. N.º 42 (jun, 1954); p. 7.

² SANTA TERESA DE LISIEUX. «Manuscrits autobiographiques» (Ms A, 60v). In: *Œuvres*. www.archives.carmel-de-lisieux.fr.

³ *Ibid.*, Ms A, 61r

⁴ *Idem*. «Manuscrits autobiographiques» (Ms B, 3r). In: *Œuvres*, op. cit.

⁵ O ESPÍRITO DE SANTA TERESA DO MENINO JESUS. *Conforme seus escritos e as testemunhas oculares de sua vida*. 7.ª ed.

São Paulo: Paulus, 2023, p. 65; 217-221.

⁶ SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA. «Carta a los romanos», c. IV, n.º I; c. VI, n.º I; c. VII, n.º 2. In: *Padres Apostólicos*. Madrid: BAC, 1990, pp. 477-479.

⁷ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. II-II, q. 186, a. 6.

⁸ Cf. BARRIOS MONEO, CMF, Alberto. *Santa Teresita. Modelo y mártir de la vida religiosa*. 6.ª ed. Madrid: Cocusa, 1967, p. 345.

⁹ BARRIOS MONEO, CMF, Alberto. *La espiritualidad de Santa Teresa de Lisieux a la luz de los procesos de su canoni-*

zación y de sus "Manuscrits autobiographiques". Madrid: [s. n.], 1958, t. II, p. 83.

¹⁰ Cf. SAN AGUSTÍN. *Enarrationes in Psalmos*. Salmo 34, Sermo II, n.º 13.

¹¹ BARRIOS MONEO, *Santa Teresita. Modelo y mártir de la vida religiosa*, op. cit., p. 208.

¹² *Ibid.*, p. 194.

¹³ *Ibid.*, p. 195.

¹⁴ *Ibid.*, p. 348.

¹⁵ *Ibid.*, p. 350.

¹⁶ Cf. *ibid.*

¹⁷ Cf. SANTA TERESA DE LISIEUX. «Dernières paroles» (Carnet

jaune, 9 août). In: *Œuvres*, op. cit.

¹⁸ O ESPÍRITO DE SANTA TERESA DO MENINO JESUS, op. cit., p. 42.

¹⁹ Cf. SANTA TERESA DE LISIEUX. «Correspondance» (Lettre 74). In: *Œuvres*, op. cit.

²⁰ Cf. BARRIOS MONEO, *Santa Teresita. Modelo y mártir de la vida religiosa*, op. cit., p. 345.

²¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Paz de alma no Tabor e no Calvário». In: *Catolicismo*. Campos dos Goytacazes. Año X. N.º 111 (mar, 1960); p. 7.



Sacerdote, apóstol y... ¡esclavo!

El epitafio grabado en su tumba —«Esclavo de los esclavos»— nos recuerda no sólo quién fue, sino, sobre todo, cuál es el mejor medio de hacerse grande ante Dios: convertirse en esclavo de los demás por la caridad.

✠ Arthur Felipe Grando Leal



Stefan Zweig, escritor austriaco de fama mundial, cuenta en el prólogo de su obra sobre Fernando de Magallanes qué le motivó a estudiar las aventuras de los tiempos de los descubrimientos y las grandes navegaciones.

Un día, bien instalado a bordo de un transatlántico con todas las comodidades que ofrece una embarcación de esas características, viajaba a Argentina, donde le esperaba un grupo de amigos. Tras siete u ocho días de viaje, las horas le parecían interminables y tediosas.

Al observar la lentitud de las manecillas de su reloj, análoga a la baja velocidad del barco en alta mar, el cé-

lebre escritor se sintió invadido por un repentino sentimiento de vergüenza. ¡La simple comparación de su viaje con el de un navegante de la época de los descubrimientos le hizo sonrojarse! Estaba realizando la más tranquila de las travesías, en un navío espléndido y lujoso, con todas las comodidades imaginables. Cuando por la noche bajaba la temperatura, le bastaba con pulsar el botón del calefactor; cuando al mediodía el calor se volvía abrasador, tenía a su disposición un ventilador e incluso una piscina; sobre la mesa del restaurante había apetitosos platos y exquisitas bebidas; si deseaba

ocupar el tiempo con una provechosa lectura, allí tenía una vasta biblioteca; y no faltaban acogedores salones para juegos y música.

En esta confortable situación, recordar las expediciones marítimas de antaño le resultaba humillante e incluso embarazoso: en aquella época, hombres como él se embarcaban en frágiles carabelas, decididos a explorar mares desconocidos, enfrentándose a las inclemencias del tiempo, a la escasez de alimentos y agua potable, en una aventura cuyo desenlace era sumamente incierto.

Ahora bien, a una aventura de esa envergadura se lanzó en 1610 un joven religioso jesuita llamado Pedro Claver, con el único objetivo de salvar almas.

«Vida oculta»

Pedro Claver nació en Verdú (España), el 25 de junio de 1581. Al período comprendido entre su nacimiento y la profesión de los votos simples en la Compañía de Jesús, a los 21 años, algunos autores lo denominan su «vida oculta». Esto se debe a la escasez de información, documentos y relatos biográficos sobre su infancia y adolescencia.

No obstante, se sabe que el acontecimiento decisivo para su formación y el cumplimiento de su vocación fue el encuentro con otro religioso de la Compañía de Jesús, San Alonso Rodríguez, quien desempeñó durante cua-

renta y siete años el humilde cargo de portero en el Colegio Nuestra Señora de Montesión, de Palma, en la isla de Mallorca.

Guía, maestro y modelo

Alonso Rodríguez sabía muy bien que la santidad es el estado propio de quien cumple constantemente la voluntad de Dios. Así pues, la sencillez de su oficio, que desempeñaba con un amor extremo a la obediencia, nunca supuso un obstáculo para alcanzar su más elevado ideal: honrar, amar y servir al Creador. La docilidad, la sumisión y la fidelidad a su vocación conformaban el perfil de aquel que sería el maestro de Pedro Claver y lo llevaría a recorrer el camino de la imitación de Cristo.

Tan fructífera fue la convivencia entre estos dos santos jesuitas que uno de sus biógrafos llegó a afirmar: «Sin San Alonso Rodríguez no se explicaría, ni existiría, San Pedro Claver».¹ Consta que, cuando se encontraron por primera vez, ambos se abrazaron sin poder contener las lágrimas. San Alonso fue quien inspiró, orientó e incluso predijo la misión de Pedro Claver.

¿Cuál era esa misión?

¡Pedro, «duc in altum»!

Pedro Claver se sentía llamado a adentrarse, literalmente, en aguas más profundas, siguiendo el mandato del Señor al Príncipe de los Apóstoles: «¡Duc in altum!» (Lc 5, 4). Dios lo convocaba a atravesar mares desconocidos y ser un gran pescador de hombres, en un continente lleno de dificultades.

Sin embargo, no se trataba sólo de una voz o una moción interior. Su misión fue claramente expresada por San Alonso Rodríguez, un día en que los dos estaban sentados a la sombra de un árbol en el patio del colegio. El venerable anciano le dijo: «Cuántos que



Al igual que el Príncipe de los Apóstoles, San Pedro Claver fue llamado por Dios para atravesar mares desconocidos y ser un gran pescador de hombres

San Pedro Claver - Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, Santander (España).
En la página anterior, carabelas en el mar -
Colección privada

están ociosos en Europa podrían ser apóstoles de América». Y, con lágrimas en el rostro, añadió: «¡Oh, que la caridad de Dios no haya de surcar aquellos mares que ha sabido hendir la humana avaricia! Pues qué, ¿no valen también aquellas almas la vida de un Dios? Por ventura, ¿no ha muerto Él también por ellas? Ah, Pedro, hijo mío amadísimo, ¿y por qué no vas tú también a recoger la sangre de Jesucristo?».

Para Pedro Claver, era evidente que Dios manifestaba su voluntad por medio de aquellas palabras de su maestro. Pero hablar de América en aquellos tiempos causaba espanto incluso entre los misioneros más audaces. Por eso mismo, Alonso Rodríguez no dejó de animarlo: «¡No sabe amar el que no sabe padecer, y allá te espera, y ay si supieses el gran tesoro que te tiene preparado!».

Poco tiempo después, a los 29 años, Pedro zarpaba del puerto de Sevilla, despidiéndose definitivamente de Europa el 15 de abril de 1610.

Las «voces» no mintieron

Largos y peligrosos eran los viajes en aquellos tiempos, pero llegó sin mayores problemas a Cartagena de Indias, en Nueva Granada (actual Colombia).

Al final de su vida, San Pedro Claver reveló en confianza otra parte de la profecía de su maestro. Afirmó, con alegría de verlas cumplidas, que éste le había comunicado con claridad tres cosas: la primera, que su labor se dirigiría sobre todo a los negros; la segunda, que se desarrollaría en Nueva Granada; y la tercera, que tendría lugar concretamente en Cartagena de Indias.

Al comienzo de la misión, algo parecía contradecir la predicción, pues fue enviado primero a Bogotá y luego a Tunja. No obstante, las dos misiones que se le encomendaron en ese período sumaron sólo tres años de los más de cuarenta que vivió en Colombia. ¡Las «voces» de San Alonso no mintieron!

De regreso a Cartagena, Pedro no tardó en empezar su labor apostólica con los esclavizados traídos de África.

Tras un período de incertidumbre y discernimiento respecto a su vocación al sacerdocio, recibió el sacramento del orden el 19 de marzo de 1616, configurándose con Cristo, Sacerdote y Víctima. A partir de entonces, su apostolado sería mucho más eficaz y fecundo.

Liberados de la peor esclavitud

No disponemos de elementos suficientes para trazar un cuadro completo de los sufrimientos que padecieron en los barcos negreros aquellos seres humanos reducidos a la condición de esclavos. Pero, por misericordioso designio divino, atravesar el océano Atlántico, cual nuevo mar Rojo, les traería la liberación de otra esclavitud: la del pecado.

Dios, que sabe sacar el bien incluso de las circunstancias de calamidad y desgracia, preparó a un guía capaz de darles algo que ni siquiera podían imaginar: la vida divina, por medio de las aguas del bautismo. A orillas del mar, no muy lejos del puerto, Pedro Claver esperaba a aquellos cautivos, que necesitaban urgentemente remedios para el cuerpo y, mucho más aún, cuidados para el alma.

Cuando llegaba un barco, corría inmediatamente hasta él, acompañado de intérpretes y cargado de alimentos, bebidas y medicinas. Entraba sin vacilar en las bodegas pestilentes y nauseabundas, con la intención de limpiar heridas, aplicar vendajes y abrir los corazones de aquellos desventurados a la gracia de Cristo. Con afectuosas palabras que llenaban a todos de confianza, iba preparando poco a poco a estas almas para recibir el bautismo y hacer el propósito de llevar una vida cristiana, fundada en la práctica de los mandamientos.

Muerto para sí mismo, vivo para Dios

Por medio del P. Pedro Claver, Dios se revelaba a aquellos pobres desterrados como un Padre benigno, acogedor, misericordioso. El santo misionero bautizó a cerca de trescientos mil negros a lo largo de sus cuarenta y cuatro años de misión apostólica. Su amor a la Santísima Virgen lo llevaba también a predicar con gran entusiasmo la devoción al santo rosario, que él mismo confeccionaba y distribuía por miles todos los años.

Sus últimos cuatro años en esta tierra transcurrieron en la enfermería del convento, con el cuerpo prácticamente inmovilizado a causa de una enfermedad. Aquel que, a ejemplo de San Pablo, se había hecho todo para todos

(cf. 1 Cor 9, 22), pasaba los días en silenciosa contemplación, abandonado y olvidado por los hombres. Aún le aguardaba un postrer sufrimiento: el joven esclavo —uno de aquellos a quienes había dedicado toda su vida—, designado como su enfermero, se comportaba en realidad como un cruel verdugo, tratándolo con suma brutalidad y



Para ser grande ante Dios, el hombre debe ser esclavo de los demás por la caridad, soportando en su carne los padecimientos de Cristo

San Pedro Claver bautizando a un esclavo -
Iglesia de San Pedro, Lima

privándolo muchas veces del alimento necesario.

Hasta el final de sus días, Pedro Claver fue un hombre muerto para sí mismo, para sus preferencias, sus comodidades, su gloria personal. Para él, como antaño para el Apóstol de las gentes, vivir en función de sus cautivos fue una ganancia, y morir, una ventaja que lo condujo al Cielo (cf. Flp 1, 21).

La noticia de su inminente muerte pareció despertar a Cartagena de Indias del letargo sobrenatural en el que yacía. Toda la ciudad —esclavos y libres, ricos y pobres— pasó junto al lecho donde agonizaba para rendirle su homenaje de gratitud, manifestando la veneración debida a un verdadero santo.

Aureolado de grandes méritos, partió de este mundo a la bienaventuranza eterna el 8 de septiembre de 1654, fiesta de la Natividad de la celestial Señora a quien tanto amó. Dejó un cuerpo que parecía simplemente dormido y exhalaba un suave y agradable olor.

Su vida, un valioso legado

Hoy, el epitafio *Esclavo de esclavos*, grabado sobre el altar que guarda sus restos mortales, nos recuerda que, para ser grande ante Dios, el hombre debe servir a los demás mediante la caridad, soportando en su carne los padecimientos de Cristo (cf. Col 1, 24).

¡Qué lejos están del vocabulario moderno las palabras *sufrimiento*, *cruz* y *sacrificio*! ¡Cuánto rechazo y menosprecio suscitan!...

Sin embargo, aunque la vida contemporánea esté llena de placeres, comodidades y confort, nunca dejará de tener momentos de dolor, drama y perplejidad. Si, en la adversidad, nos acordamos de San Pedro Claver, tendremos valor y coraje para abrazar la cruz de Cristo, sacrificarnos sin reservas por la salvación de las almas y, como él, hacernos esclavos unos de otros por la caridad (cf. Gál 5, 13). ✚

¹ VALTIERRA, SJ, Ángel; HORNEDO, SJ, Rafael María de. *San Pedro Claver. Esclavo de los esclavos*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 1997, p. 34. Los datos biográficos contenidos en el presente artículo han sido tomados de la misma obra.



Dar testimonio de la verdad con ufanía e intrepidez

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§ 2471 Ante Pilato, Cristo proclama que había «venido al mundo para dar testimonio de la verdad» (Jn 18, 37). El cristiano no debe «avergonzarse de dar testimonio del Señor» (2 Tim 1, 8). En las situaciones que exigen dar testimonio de la fe, el cristiano debe profesarla sin ambigüedad, a ejemplo de San Pablo ante sus jueces. Debe guardar una «conciencia limpia ante Dios y ante los hombres» (Hch 24, 16).

El catecismo sintetiza una misión fundamental en la vida del bautizado: el deber de proclamar y defender las verdades de la fe. Para ello, el texto propone dos modelos clave: Nuestro Señor Jesucristo, culmen de la virtud y de la santidad, y San Pablo, notable ejemplo de intrepidez e integridad.

Al referirse al diálogo del Redentor con Pilato (cf. Jn 18, 37), el catecismo invita a reflexionar sobre el testimonio de la verdad. Santo Tomás de Aquino,¹ en la introducción a la *Suma contra los gentiles*, cita precisamente este pasaje del Evangelio para sostener que es propio del sabio dedicarse a la contemplación de esta verdad suprema, es decir, Dios, origen de toda verdad.

Con gran sentido didáctico, el Aquinate explica que, así como la medicina procura la salud y combate la enfermedad, el sabio necesita meditar sobre Dios y refutar todo error y falsedad, como afirma el libro de los Proverbios: «Mi paladar saborea la verdad, mis labios detestan el mal» (8, 7).

Dar testimonio de Cristo exige abnegación y coherencia, virtudes que San Pablo inculcó a su discípulo Timoteo (cf. 2 Tim 1, 8).

Reafirmando esta vocación, el Concilio Vaticano II² recuerda que los cristianos deben manifestar, con el ejem-

plo y el testimonio de la palabra, la vida nueva recibida en el bautismo y fortalecida por la confirmación. La intrépida defensa de la verdad por parte del Apóstol ante el gobernador Félix (cf. Hch 24, 16) atestigua que la credibilidad del testigo cristiano no reside únicamente en las palabras, sino en la autenticidad e integridad de su vida.

Ante la actual sociedad neopagana, a menudo hostil o indiferente a la fe, la vocación universal a la santidad exige valentía. Fortalecidos por los sacra-

mentos y recurriendo a la intercesión de María Santísima —cuyo modelo de intrépida fidelidad al pie de la cruz es paradigma para todos—, los fieles están llamados a cumplir, con rectitud, esa sublime y honrosa misión de testigos del Redentor. ✠

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Summa contra gentiles*. L. I, c. 1.

² Cf. CONCILIO VATICANO II. *Ad gentes*, n.º 11.



Reproducción

Llamado a contemplar la verdad suprema, el sabio debe meditar sobre Dios y refutar todo error y falsedad, no sólo con palabras, sino también con la autenticidad e integridad de su vida

«Jesús ante Pilato», de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)



Remedio para todos los males

Como antaño velaba por el bienestar de sus hijos, hoy Dña. Lucilia está atenta a las oportunidades para aliviar, con su maternal intercesión, los males de quienes acuden a ella.



✠ Elizabete Fátima Talarico Astorino

Confianza y madre son prácticamente sinónimos. No hay hijo que no confíe en su madre y donde no hay una buena madre, difícilmente florecerá la verdadera confianza. Quizá por eso devotos de todas partes deciden confiar sus peticiones, dificultades y necesidades, grandes o pequeñas, a Dña. Lucilia. Es lo que comprobaremos a lo largo de estas líneas.

Una petición y una respuesta inmediata

El Prof. Edson Sampel, de São Paulo —conociendo lector por su devoción a Dña. Lucilia—, nos envió otro relato sobre un pequeño episodio en el que se hizo sentir la presencia discreta, pero eficaz, de Dña. Lucilia. Éste es su testimonio:

«Estábamos, mi mujer y yo, afanados buscando por toda la casa unos euros. No recordábamos bien dónde los habíamos guardado. O mejor dicho: yo sabía perfectamente dónde había puesto la pecunia, pero ya no estaba allí. Y empezábamos a pensar lo peor, como, por ejem-

plo, que un ladrón hubiera entrado en nuestro piso.

»En cierto momento, dejamos de buscar el dinero. Me puse muy nervioso. Así que decidí rezar el rosario. Al final de la segunda decena, como siem-

pre, pido la intercesión de Dña. Lucilia. Esa tarde le pedí intensamente que me ayudara. Pues bien, terminé de rezar el rosario y volví a la caza de los euros. ¡En el primer sitio donde busqué, encontré el dinero!».

Una amiga en todo momento

Al igual que el Prof. Sampel, son muchos los que han comprobado cómo una simple oración es suficiente para que Dña. Lucilia interceda ante el Sacratísimo Corazón de Jesús por las intenciones de los que acuden a ella. Desde tierras lusas, María Laura Gonçalves Brandão nos envía un breve, pero conmovedor testimonio de la intervención de Dña. Lucilia en favor de esa madre, afligida por las tristezas de su propia hija.

En efecto, nos cuenta la lectora portuguesa que decidió poner en manos de Dña. Lucilia su petición: que fuera superada la infertilidad de su hija y que ella, finalmente, pudiera tener la alegría de estrechar entre sus brazos a un nieto. He aquí sus palabras:

«Por la presente quiero expresar mi gratitud por una gra-



Reproducción

Tras haber puesto en manos de Dña. Lucilia la dificultad de su hija, María Laura da ahora gracias a Dios por su primer nieto

María Laura y su esposo junto a su nieto

cia extraordinaria que pedí y recibí del Sagrado Corazón de Jesús, por intercesión de Dña. Lucilia. Mi hija deseaba tener hijos porque ya había perdido a dos bebés varones y se había sometido a varios tratamientos, pero no conseguía quedarse embarazada. Después de pedir esta gracia y rezarle a Dña. Lucilia, se sometió a otro tratamiento y quedó embarazada. Todo fue bien durante el embarazo y el parto, y así ha sido hasta ahora. Tengo un nietecito de quince meses y mi hija está de nuevo embarazada, de veinticuatro semanas. Les pido que recen por ella, pues ya tiene cuarenta y cinco años.

»¡Les agradezco que hagan llegar este “milagro” a quien corresponda para que sea publicado, y así podamos alabar a Dios y glorificar a nuestra amiga Dña. Lucilia, que nos protege en todo momento».

El comienzo de un calvario

En una reciente visita a Paraguay, tuve la oportunidad de conocer a una bendita familia, muy católica y devota de Dña. Lucilia, que hace unos años recibió el eficaz auxilio de esta bondadosa madre en favor de uno de sus miembros, Valeria Gutiérrez, cuando le detectaron un peligroso tumor cerebral.

Fue Micaela, la hermana de Valeria, quien me contó los pormenores de la penosa situación por la que pasaron y cómo la afrontaron en familia, todos unidos en las intenciones y en las oraciones, encomendando la completa resolución del caso al cuidado de Dña. Lucilia.

Todo empezó el 17 de enero de 2023. Valeria tuvo que ser hospitalizada debido a fuertes dolores en el cuello y a un extraño entumecimiento en el brazo izquierdo. Se le realizaron varias pruebas para determinar la causa de dicho malestar y, finalmente, se detectó un tumor cerebral de grandes dimensiones en

la región frontal de la cabeza. Micaela nos relata lo que sucedió tras la noticia:

«Tan grande fue la angustia al enterarnos de ello que decidí recurrir a la ayuda de los Heraldos del Evangelio. Un sacerdote heraldo fue a visitarla al hospital, llevando consigo una fotografía de Dña. Lucilia, a quien rezamos y a cuya intercesión “milagrosa” hemos recurrido desde el primer momento.



Reproducción

Confianza en la intercesión de Dña. Lucilia, Valeria se sometió a una operación de ocho horas. El resultado fue la extirpación completa del tumor y una recuperación sorprendente

Valeria Gutiérrez con un retrato de Dña. Lucilia

Esta imagen no se separó de Valeria hasta su recuperación».

Perplejidades y esperanzas

Como es natural, el deseo de que Valeria lograra superar esa prueba era grande por parte de todos sus familiares; sin embargo, los médicos daban pronósticos poco favorables. Así continúa Micaela su relato:

«El primer neurocirujano con el que hablamos nos dijo que era necesario

realizar urgentemente una biopsia para determinar si el tumor era maligno. El 25 de enero, Valeria se sometió a un procedimiento con ese fin. El resultado fue un meningioma con características benignas.

»Días después, el mismo médico convocó una reunión familiar y nos advirtió de que, debido al tamaño del tumor y a la zona en la que se encontraba, las secuelas de una operación podrían ser numerosas: entre ellas, meningitis, pérdida de los sentidos, pérdida de movilidad e incluso deformidad facial postoperatoria... Según él, operarla en Paraguay tendría pocas probabilidades de éxito, por lo que sugirió llevarla al extranjero para obtener una segunda opinión».

El panorama era sombrío. No obstante, según el relato de Micaela, una luz vino a iluminar la situación:

«En ese momento, decidimos, por inspiración divina, consultar a otro neurocirujano que acababa de llegar de Estados Unidos. Tras analizar el caso, nos dijo que estaba capacitado para realizar la operación en Paraguay, ya que disponía de los instrumentos necesarios para la intervención; ahora bien, recalcó que lo más importante era contar con la ayuda de Dios, sobre todo en este caso, dada su complejidad».

Las posibilidades de éxito y las buenas disposiciones del médico infundieron nueva esperanza a la familia. Sin embargo, el doctor también aclaró que, ante la imposibilidad de extirpar el tumor por completo, Valeria necesitaría someterse a varias sesiones de radioterapia.

Intervención y recuperación sorprendente

Se llevaron a cabo los preparativos para la intervención quirúrgica. Prosigue el relato de Micaela:

«El 11 de febrero, fiesta de Nuestra Señora de Lourdes, un sacerdote de los Heraldos volvió a visitar a Valeria antes de la operación para administrar los sacramentos oportunos, e insistió en que recurriéramos a la intercesión de Dña. Lucilia».

Así lo hicieron, tanto ella como su familia, y, confiando en Dña. Lucilia, afrontaron la cirugía, realizada el 13 de febrero, que duró ocho horas:

«Cuando el médico salió a hablar con nosotros, nos dijo que estaba muy satisfecho con el resultado de la operación, porque había conseguido extirpar el tumor por completo. Afirmó que estaba muy sorprendido por la rápida y favorable reacción postoperatoria. Valeria despertó enseguida, lúcida y aparentemente con la mayoría de sus sentidos intactos. De hecho, el médico se asombró cuando ella dijo: “Tengo frío”».

Valeria tuvo una recuperación sorprendente. Permaneció en la UCI solamente dos días y, como única secuela de ese difícil momento, presentó una ligera pérdida del olfato y del gusto, un desenlace muy leve ante los riesgos que corrió. Así pues, recibió el alta antes de lo previsto y no necesitó ningún tratamiento postoperatorio.

Una pequeña molestia se convierte en tragedia

También para una familia de Maringá, en el interior de Paraná (Brasil), Dña. Lucilia fue un amparo seguro en un momento de aflicción. Se trata de Patricia Borges y su esposo, Mateus Fernando Borges, que narran lo sucedido a su hijo Felipe:



Reproducción

«¡Sra. Dña. Lucilia, madre nuestra: ayudadnos!», fue la súplica de Felipe; minutos después se levantó, ya recuperado del grave estado en el que había ingresado en el hospital

Felipe con la biografía de Dña. Lucilia en las manos

«En la madrugada del 24 de abril de 2025, Felipe se despertó tosiendo mucho y con una respiración muy agitada. Le di un medicamento y volvió a dormirse. Pero por la mañana, como seguía tosiendo bastante, decidimos que no fuera al colegio. Me quedé en casa con él y mi esposo se fue a trabajar. Sin embargo, me di cuenta de que durante toda la mañana mi hijo respiraba con mucha dificultad».

Lo que hasta entonces parecía un malestar pasajero empezó a revelarse como un problema complejo, razón por la cual Patricia le pidió a su esposo que regresara del trabajo para llevar al niño al hospital. Narra Patricia:

«Mientras tanto, noté que Felipe estaba empeorando mucho y decidí llevarlo yo misma al médico. Fui a buscar las llaves del coche, que estaban encima del libro de Dña. Lucilia; cogí las

llaves junto con el libro, metí a Felipe en el coche y nos fuimos al hospital. Durante el trayecto, mi hijo ya se agitaba mucho y veía que casi no respiraba. ¡Así que conduje lo más rápido que pude! Cuando paré en el aparcamiento del hospital, mi hijo ya no podía salir del coche ni caminar; estaba desfallecido...».

Angustiada, Patricia entró al hospital con su hijo en brazos, suplicando ayuda. Fue derivada inmediatamente a la consulta, donde la médica evaluó la saturación de oxígeno del niño y constató la gravedad de su estado: el 97 % del pulmón de Felipe estaba afectado, lo que significaba que respiraba con sólo el 3 % de su capacidad pulmonar. Ante la urgencia, la doctora decidió aplicar un tratamiento de emergencia y llevó a la madre a la sala donde se realizaría el procedimiento. Continúa el relato:

«Cogí a Felipe en brazos y salimos corriendo por los pasillos del hospital. Mientras tanto, la médica me iba explicando el procedimiento que se iba a hacer, una combinación de inhalador y nebulización, porque si se le administraba oxígeno directamente, mi hijo no lo aguantaría. Llegamos al sitio de la medicación, vinieron varias enfermeras y le administraron el inhalador a Felipe. Me quedé allí paralizada, sin saber qué hacer ni qué pensar, viendo a mi hijo desfallecido, sin hablar, sin moverse siquiera...».

«Un niño que no respira no puede correr...»

Tras los primeros cuidados, la doctora consideró necesario ingresar al niño en la UCI, porque su estado era muy grave. Le explicó la situación a Patri-

cia y se retiró para tramitar la documentación. La noticia la dejó consternada:

«El corazón se me aceleró, las piernas se me helaron y no sabía qué hacer. Las enfermeras continuaron con aquel procedimiento, la médica se marchó, me senté y me quedé mirando a mi hijo. Después de la segunda dosis de nebulización, las enfermeras se fueron y nos quedamos sólo él y yo. En ese momento, abrí mi bolso y saqué el libro de Dña. Lucilia».

Conviene explicar por qué Patricia tenía ese libro. Poco tiempo antes, había oído hablar de Dña. Lucilia y, deseosa de conocer su historia, consiguió que le prestaran un ejemplar de su biografía. Prosigue su narración:

«Cuando Felipe vio el libro, se quitó el inhalador y exclamó: “¡Sra. Dña. Lucilia, madre nuestra: ayudadnos! ¿Verdad, mamá?”. Le respondí: “Sí, hijo, ¡vamos a pedirle a Dña. Lucilia que nos ayude!”».

Minutos después, Felipe manifestó su deseo de levantarse. Patricia le sugirió llevarlo en brazos, pero el niño se negó rotundamente: «¡No hace falta, mamá!». Y, dicho y hecho, se quitó el inhalador, se bajó de la camilla y salió de la habitación corriendo...

Asombrada, una de las enfermeras que se dirigía por el pasillo a la habitación del niño para atenderlo le preguntó a la madre: «¿El que ha salido corriendo por aquí era Felipe?! ¡Eso no es posible! Un niño que no respira no puede correr...».

La enfermera tenía toda la razón, pero la cuestión es que el niño ya respiraba sin dificultad.

Otra caricia de madre

De vuelta en la habitación, Felipe recibió otra sesión de medicación y, como no había almorzado, pidió algo de comer. La enfermera, muy servicial, le preguntó qué quería. El niño respondió de inmediato: «¡Quiero pasta con ajo y aceite, con mucho beicon!».

La petición arrancó sonrisas a la enfermera y a la madre, pues era im-

probable encontrar un plato así en el hospital. Para suavizar la situación, la enfermera le explicó: «Felipe, eso no lo puedo conseguir, es imposible. Lo que sí puedo conseguir es un poco de pasta, pero en una sopa».

A continuación, el encargado de las comidas, que pasaba por el pasillo, le entregó a Patricia la única ración disponible. Su sorpresa fue enorme al abrir el recipiente y encontrar exactamente el plato que su hijo había pedido.

Sin duda, se trataba de otra muestra de cariño de Dña. Lucilia, que velaba por la salud del niño con la misma dedicación y solicitud con que, en el pasado, había cuidado a sus propios hijos.

En la despedida: una confirmación

Felipe, ya medicado y bien alimentado, regresó a la consulta acompañado de su madre. La médica, después de examinarlo de nuevo, se sorprendió ante el repentino cambio en su estado. «¡Estoy ante un milagro! —exclamó—. Llegó desfallecido y ahora está totalmente recuperado». Dada su mejoría, recibió el alta y continuó el tratamiento en casa.

Patricia recuerda un momento conmovedor en la despedida: «Mientras guardaba las recetas, la doctora abrazó a Felipe y le dijo: “¡Salve María, Felipe!”». Él respondió de inmediato. En el coche, la madre preguntó a su hijo si había iniciado él el saludo y éste le explicó que sólo lo había devuelto. En ese instante, la madre tuvo la certeza de la intervención de Dña. Lucilia. ❖

¹ Se trata de la biografía de Dña. Lucilia, escrita por Mons. João: CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Doña Lucilia*. Ciudad del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2013.

Doña Lucilia se ha ganado la confianza de devotos de todas partes y les ha ayudado en las más diversas peticiones, dificultades y necesidades

Doña Lucilia en París, en 1912





Fotos: Sergio Céspedes

Brasil, Campos dos Goytacazes – El 11 de julio tuvo lugar la dedicación y bendición del altar del oratorio de San Pablo Apóstol, perteneciente a los Heraldos del Evangelio. La ceremonia fue presidida por el obispo diocesano, Mons. Roberto Francisco Ferrería Paz, y concelebrada por el vicario general, Mons. Leandro de Moraes Diniz, por el párroco local, el P. Dênisson Martins, y numerosos sacerdotes de la diócesis y de los Heraldos.



Fotos: Sergio Céspedes

Brasil, São Paulo – Una solemne procesión con la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, animada por jóvenes del centro de formación sacerdotal de la Sociedad Clerical Virgo Flos Carmeli, marcó la 19.ª edición de Expo-católica, el 25 de julio. En esa ocasión, la directora del evento, Kiara Castro, coronó la imagen de la Santísima Virgen.



¡Fortalecidos por la confianza!

Más de mil quinientos cooperadores de los Heraldos del Evangelio participaron en el congreso internacional celebrado en tres turnos, del 17 al 26 de julio, en el complejo de la Casa de Formación Thabor. Las jornadas estuvieron marca-

das por períodos de adoración al Santísimo Sacramento, misas, rosarios procesionales, conferencias y círculos de estudio. Cada participante recibió como recuerdo un ejemplar de *El libro de la confianza*, obra del P. Thomas de Saint-Laurent.



Fotos: Leandro Souza

Stephen Nami



Fotos: Francisco Espinola



Fotos: Preetham Dsilva



Paraguay – El cardenal Adalberto Martínez Flores, arzobispo de Asunción, celebró el 2 de agosto la solemne eucaristía de toma de posesión del P. Kirthan Carlo, EP, como párroco de la iglesia de San Isidro Labrador, en la ciudad de Limpio. La santa misa fue concelebrada por sacerdotes de la diócesis local y de los Heraldos, y contó con una numerosa asistencia.

Fotos: César Yunes



Lesoto – Del 26 al 28 de junio, heraldos residentes en Mozambique y Sudáfrica llevaron a cabo una fructífera misión mariana en la parroquia de San Luis, de Matsieng. Las actividades incluyeron visitas a familias, una procesión, una vistosa caravana de vehículos y el rezo de mil avemarías por la reina consorte de Lesoto, que celebraba su cumpleaños.



Actividades en Italia

Fotos: Tiago Krüger



Institución de ministerios – El 3 de julio, durante una ceremonia celebrada en la iglesia de San Benedetto in Piscinula, de Roma, el cardenal Raymundo Damasceno Assis, arzobispo emérito de Aparecida, confirió los ministerios de lectorado y acolitado a miembros de los Heraldos del Evangelio residentes en Europa.

Fotos: Tiago Krüger



Triduo en honor a San Benito – Un triduo de solemnes eucaristías marcó la preparación para la fiesta del patrón de la iglesia de San Benedetto in Piscinula, del 8 al 10 de julio. Destacamos las misas celebradas por Mons. Luis Marín de San Martín, OSA, prefecto del Dicasterio para el Servicio de la Caridad (foto 1); Mons. Fortunatus Nwachukwu, secretario del Dicasterio para la Evangelización (foto 2), y Mons. Jeremías Schröder, abad primado de la Confederación Benedictina (foto 3).

Fotos: Rogerio Balciasso



Misiones marianas – En julio, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó las parroquias sicilianas de Santa María del Carmelo, de Catania (fotos 1 y 2), y de San Juan Bautista, de Messina (foto 3), derramando sus bendiciones en iglesias, hogares, colegios y residencias de ancianos.

Alain Patrick



Reflejo de una misión celestial

Amada, bella, excelsa, gota del mar, estrella... Tales son las posibles interpretaciones del nombre «María». ¿Será casualidad que este nombre se le haya dado a la Madre de Dios?

✠ Miguel de Souza Ferrari



Thiago Tamura

«**A**dán llamó a su mujer Eva, por ser la madre de todos los que viven» (Gén 3, 20). «Ya no te llamarás Abrán, sino Abrahán, porque te hago padre de muchedumbre de pueblos» (Gén 17, 5). «Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que se traduce: Pedro)» (Jn 1, 42).

Acostumbrados a considerar los nombres de las personas, incluso los nuestros, simplemente como una convención social, podemos pasar por alto toda la profundidad de estos pasajes bíblicos. ¿Por qué el Altísimo revestía de tanta solemnidad un pormenor tan sencillo y corriente como la elección de un nombre?

El pueblo hebreo del Antiguo Testamento no pensaba como nosotros, pues «consideraba el nombre de una persona como portador de un significado trascendente, máxime si era inspirado por Dios»,¹ como explica Mons. João. Así, cuando el Creador daba nombre a alguien, mostraba con ello que éste había sido investido de una misión celestial.

Un nombre dado por Dios

Si la Biblia presenta a tantos hombres y mujeres providenciales cuyo nombre mismo encierra un propósito sobrenatural, es imposible suponer que el Padre eterno haya prestado menos atención a elegir el nombre de su Predilecta.

Las Escrituras no mencionan nada acerca de la infancia de la Virgen, ni de la elección de su nombre. Sin embargo, según piadosas revelaciones privadas, incluso antes de que María Santísima fuera concebida milagrosamente, el arcángel Gabriel «comunicó en sueños a Joaquín que su esposa había recibido una visita celestial, donde se le había revelado que iba a concebir una hija. Y le dijo también que la niña debería llamarse María».²

¡María! ¡Qué universo de simbolismos se esconde tras ese nombre! Con toda propiedad, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira afirmó: «El Santísimo Nombre de Nuestra Señora, al igual que el Santísimo Nombre de Jesús, debe considerarse como un nombre simbólico de su virtud excelsa, de su misión, de lo que Ella verdaderamente es».³

Pero ¿qué aspectos de la inconmensurable misión de la Reina de los ángeles pueden vislumbrarse a través de su Santo Nombre?

Amada de Yahvé

La primera María que aparece en la Sagrada Escritura es la hermana de Moisés y Aarón (cf. Éx 15, 20), probablemente la misma que convenció a la hija del faraón de salvar de las aguas al profeta (cf. Éx 2, 4-10).

Esto llevó a los estudiosos a buscar en el idioma de Egipto la etimología del nombre. Una posibilidad es que pro-

Es imposible suponer que el Padre eterno haya prestado menos atención al elegir el nombre de su Predilecta

María Auxiliadora - Casa de Formación Thabor, Caieiras (Brasil)

venga de *Myr-yayam*, es decir, «la amada de Yahvé». ⁴ ¡Cuán apropiada resulta esta interpretación aplicada a la Virgen: aquella que ha sido objeto del amor divino desde toda la eternidad lleva en su propio nombre la marca de su predestinación! Además, el hecho de que este nombre se relacione con la hermana de Moisés —que colaboró en la liberación del pueblo elegido— puede aludir al tradicional papel atribuido a María Santísima en la Redención del género humano obrada por su divino Hijo.

No obstante, por muy hermosas que sean esas interpretaciones, filólogos y exegetas no se contentaron con ellas. Quizá impulsados por un soplo de la gracia, prosiguieron sus investigaciones.

Colmada de dádivas

Tras considerar a la Virgen como el receptáculo del amor infinito del Creador, la mariología la contempló llena de dones y gracias, corolarios de la benevolencia celestial. De ahí la hipótesis de que el nombre María provenga de *mārā*, término que puede entenderse como *bella*. ⁵ Aquí encontramos a Nuestra Señora como la *tota pulchra*, la toda hermosa a los ojos del Altísimo (cf. Cant 4, 7).

Colmada de dádivas, fue elevada por encima de toda la creación, alzándose «como el alba, hermosa como la luna, refulgente como el sol» (Cant 6, 10). Por esta razón, María también puede significar «la excelsa». ⁶ Así, al igual que ante Dios es la *amada* y la *hermosa*, en relación con el resto de la creación aparece de tal manera sublimada que se ha convertido, por derecho, en soberana; de ahí que *Señora* sea la interpretación siríaca de este santo nombre. ⁷

Luz en las tinieblas del mundo

La plenitud de gracias hace radiante el alma de la Virgen, verdadera fuente de luz. Como afirma Santo Tomás de Aquino, «se la llama convenientemente María, que se interpreta “iluminada en sí misma”; por donde en Isaías se dice: “Llenará de esplendores tu alma”



«Tú, quienquiera que seas y te sientas arrastrado por la corriente de este mundo, náufrago de la galerna y la tormenta, no apartes tu vista del resplandor de esta estrella si no quieres sumergirte bajo las aguas»

«Tempestad en el mar», de Pieter Mulier - Museo Estatal del Hermitage, San Petersburgo (Rusia)

(Is 58, 11)». ⁸ Ahora bien, como sucede con los astros celestes, tanta luz necesita difundirse; por eso su nombre «se interpreta también como “iluminadora de los otros”, en cuanto al mundo entero; y, por eso, se asemeja al sol y a la luna». ⁹

María es, pues, como un astro celeste que nos ilumina en las tinieblas de este mundo. De ahí la interpretación, muy extendida en la Edad Media —aunque filológicamente imprecisa—, de que María significa *estrella del mar*: la que nos guía en medio de las tribulaciones del *mare magnum* en que vivimos.

En este sentido, resulta oportuno citar el celeberrimo fragmento del abad de Claraval: «María es la estrella radiante que nace de Jacob, cuya luz se difunde al mundo entero, cuyo resplandor brilla en los cielos y penetra en los abismos. [...] Tú, quienquiera que seas y te sientas arrastrado por la corriente de este mundo, náufrago de la galerna y la tormenta, no apartes tu vista del resplandor de esta estrella si no quieres sumergirte bajo las aguas». ¹⁰

Gota de la divinidad

Hemos mencionado que la traducción *estrella del mar* no es del todo correcta desde un punto de vista lingüístico. De hecho, proviene de un lapsus en la interpretación de San Jerónimo, quizá debido a un error material de un copista: de *stilla maris* (gota del mar) se derivó *stella maris* (estrella del mar). ¹¹

Aunque el equívoco haya sido, en cierto modo, providencial, no podemos dejar de contemplar a María como una «gota» del mar de la divinidad. Si una «gota de gracia» vale más que toda la obra de la creación —como le gustaba a Mons. João parafrasear a Santo Tomás¹²—, ¿cuánto no valdrá esta «gota» divina que es María? Está tan plena de Dios que el arcángel Gabriel, en la anunciación, sustituye su nombre por el título «Llena de gracia» —*kecharitomene*— (Lc 1, 28), revelando que esta designación la identifica desde la eternidad y que de su santidad proceden todas las gracias que recibimos.

Un grito de guerra

Si el nombre María significa *belleza* y *predilección* ante el Señor, así como *luz* y *gracia* para sus hijos, ¿qué representará para los enemigos de Dios?

La respuesta no se encuentra esta vez en la filología, sino en la historia. En efecto, el papa Inocencio XI instituyó la celebración del Dulce Nombre de María con motivo de la victoria en la batalla de Viena, el 12 de septiembre de 1683. Este triunfo milagroso, que salvó a la cristiandad de la invasión mahometana, se atribuyó a la invocación del nombre de María, a quien se había encomendado el desarrollo de la contienda. Allí, junto al Bosque de Viena (*Wienerwald*), para los cristianos el nombre de María se mostró fuerte y alentador, y para los

infieles, «imponente como un batallón» (Cant 6, 10).

Esto nos recuerda las palabras de San Bernardo: «Si se levantan los vientos de las tentaciones, si te ves arrastrado contra las rocas del abatimiento, mira la estrella, invoca a María».¹³ Ante cualquier dificultad en la que nos encontremos, especialmente cuando nos enfrentamos a las asechanzas del demonio, los atractivos del mundo y la tiranía de la carne, acordémonos siempre de que el Santísimo Nombre de María es para nosotros grito de guerra y prenda segura de victoria.

Un nombre cargado de bendiciones

¡María! Nombre santísimo, perfectamente adecuado a la misión impar de la Madre de Dios. Nos revela que

Nuestra Señora fue amada desde toda la eternidad, colmada de las gracias más insignes y elevada por encima de los serafines; Reina y soberana, ejerce su mando con misericordia e, iluminando a los pecadores que caminan por este valle de lágrimas, guía sus pasos como un lucero celeste, hasta que, protegidos de los ataques del enemigo, alcancen el océano de la divinidad.

Si este nombre está tan cargado de bendiciones y su invocación es tan poderosa, ¿cómo no depositar en él toda nuestra esperanza? Quien invoca a María obtiene de Dios todo lo que necesita. Y si alguien aún duda, que haga la prueba. A éste le asegura San Bernardo: «Así comprobarás por tu propia experiencia con cuánta razón se dijo: “Y el nombre de la Virgen era María”».¹⁴ ✚

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *¡María Santísima! El Paraíso de Dios revelado a los hombres*. Lima: Heraldos del Evangelio, 2021, t. II, p. 99.

² *Ibid.*, p. 65.

³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 11/9/1964.

⁴ ROPERO BERZOSA, Alfonso. *Gran diccionario enciclopédico*

co de la Biblia. 7.ª ed. Barcelona: Clie, 2021, p. 1700.

⁵ Cf. BORN, Adrianus van den. *Dicionário enciclopédico da Bíblia*. 6.ª ed. Petrópolis: Vozes, 2004, col. 946.

⁶ ROPERO BERZOSA, *op. cit.*, p. 1700.

⁷ Cf. SAN ISIDORO DE SEVILLA. *Etymologiarum*. L. VII, c. 10, n.º 1: PL 82, 289.

⁸ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Expositio salutationis angelicæ*, a. 1.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ SAN BERNARDO DE CLARAVAL. *De laudibus Virginis Matris*. Homilia II, n.º 17: PL 183, 70.

¹¹ Cf. SAN JERÓNIMO. *Liber de nominibus hebraicis. Novi Testamenti*: PL 23, 886; BORN, *op. cit.*, col. 947.

¹² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I-II, q. 113, a. 9, ad 2.

¹³ SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *op. cit.*, 70.

¹⁴ *Ibid.*, 71.



En la batalla de Viena, el nombre de María se mostró fuerte y alentador para los cristianos, y para los infieles, «terrible como un ejército en orden de batalla»

«La liberación de Viena», de Frans Geffels - Museo de Viena

... que el Santo Leño estuvo oculto durante siglos?

Durante siglos, Judea, territorio dominado por el Imperio romano, guardó un profundo secreto: el paradero de la cruz de Cristo. No fue hasta el año 326 cuando Santa Elena, madre del emperador Constantino y fervorosa cristiana, decidió emprender una peregrinación a Tierra Santa, al frente de una expedición, en busca de la más preciada reliquia de la cristiandad.

Los trabajos de excavación fueron arduos. El monte Calvario había sido soterrado y nivelado por los romanos al convertir aquel lugar sagrado en una explanada. Sin embargo, tras semanas de intensa labor, el equipo de obreros finalmente reveló la topografía original. La sorpresa llegó a continuación: al profundizar en la investigación,

¡se encontraron tres cruces! Quedaba por saber cuál era la prenda de nuestra salvación...

En medio de la conmoción general, el obispo de Jerusalén, San Macario, suplicó a Dios que enviara una señal: «¡Danos a conocer, Señor, de forma

evidente, cuál de estas tres cruces sirvió para tu gloria!». Ahora bien, había en la ciudad una mujer enferma, desahuciada por los médicos. Al ser tocada con las dos primeras cruces, no ocurrió nada. Pero al entrar en contacto con la tercera, la mujer recuperó instantáneamente la salud. El prodigio no dejaba lugar a dudas: ¡la verdadera cruz había sido hallada!

Santa Elena dividió después la valiosa reliquia, destinando partes a Roma, Constantinopla y Jerusalén. Dada la devoción de los fieles, esas porciones fueron posteriormente fragmentadas, permitiendo que reliquias del Santo Leño se extendieran por todo el orbe cristiano. De manera simbólica, pues, la cruz sigue en pie mientras el mundo gira: *stat crux dum volvitur orbis*. ✚



«El hallazgo de la verdadera cruz», de Agnolo Gaddi -
Basílica de la Santa Cruz, Florencia (Italia)

... por qué rezamos con las manos juntas?

Las manos juntas, palma con palma, ante el pecho, en actitud de oración: he aquí una de las posiciones más habituales y expresivas de la plegaria cristiana. Ya sea el sacerdote durante el sacrificio de la misa, el estudiante angustiado antes de un examen o la madre intercediendo por sus hijos, esa postura trasciende generaciones y fronteras. Y con

toda razón, dados los orígenes de dicha tradición.

Esta específica actitud de súplica surge en la Edad Media. Era la época del feudalismo, en la que, con una promesa de ayuda mutua y completa fidelidad, los hombres se unían jerárquicamente, no por fríos y protocolarios contratos de letra muerta, sino mediante una entrega personal. Un caballero que se ofrecía al servicio de un señor feudal — fuera éste un rey u otro superior — prestaba juramento de fidelidad ante su señor con las manos juntas sobre el pecho.

También los soldados de Cristo —«*miles Christi*» (2 Tim 2, 3)— comenzaron a dirigirse así al divino Ge-

neral en sus oraciones, costumbre que se hizo muy popular a partir del siglo XII. A la par del movimiento generalizado a favor de esta práctica, la propia Iglesia se la recomendó a sus hijos: en el Sínodo de Oxford (1222), por ejemplo, el cardenal Langton indicó que los fieles mantuvieran las manos juntas durante la elevación de la hostia. Con el tiempo, el gesto cobró protagonismo en las ceremonias sagradas y, con el uso, acabó siendo la posición de oración más común en la liturgia.

Al juntar las manos para rezar, recordemos la profundidad de este acto: le declaramos a Dios que somos sus vasallos y guerreros. Que tal hábito nos inspire a pedir con humildad la fortaleza necesaria para servirle con lealtad y valor. ✚

Oraciones después de la misa - Basílica de
Nuestra Señora del Rosario, Caieiras (Brasil)



Cartas y correos electrónicos, autógrafos y automatismos

Reproducción

La historia, maestra de la vida, escribe sus lecciones no sólo en los grandes cuadros de la cronología. Las más valiosas, quizá, las esboza en los pequeños testimonios de lo cotidiano, tantas veces banales para el tiempo presente.



✠ Diác. Gabriel Borges Bonfim Silva, EP

Tal vez incurramos en la mayor de las trivialidades al afirmar que estamos muy lejos —¡y cuán lejos!— de la época en que se escribían cartas. Pero, dejando de lado lo obvio, consideremos hasta qué punto una misiva puede seguir siendo, incluso en el siglo de la comunicación global e instantánea, un interesante objeto de análisis social y psicológico.

¿Cómo concebir los movimientos interiores de quien escribía o recibía una carta, tan acostumbrados como estamos a la comunicación vertiginosamente rápida de nuestro día a día?

«Era como un correo electrónico de aquellos tiempos», diría alguien. Pero la comparación, bien analizada, presenta más diferencias que semejanzas, y sólo por contraste nos ayudará a comprender la importancia de escribir y recibir cartas en la vida del hombre anterior a la revolución cibernética.

Sin pretender polemizar ingenuamente contra las innumerables facilidades que ofrecen los medios de comunicación modernos, nos aventuramos a establecer ese paralelismo, a fin de

comprender mejor al hombre, el de ayer y el de hoy.

La carta revela mucho más la personalidad de su autor. Aún hoy en día, la grafología utiliza la escritura de puño y letra como instrumento de discernimiento psicológico. Cual sismógrafo inconsciente, la caligrafía delata las emociones, el temperamento e incluso las convicciones más íntimas, llegando a traicionar las líneas al desvelar lo que esconden entre líneas...

En la mayoría de los casos, se plasmaba en el papel un pensamiento madurado o, al menos, esos sentimientos profundos que resisten las primeras impresiones. Llevaba tiempo sentarse a escribir, costaba adquirir papel y tinta. Nada podía decirse en vano. Ahora bien, ¿no propicia tantas veces la facilidad de un clic una verborrea inútil y vacía?

La carta era todo un acontecimiento. Cuando llegaba a manos del destinatario, traía, por fuera, el perfume de las distancias recorridas entre tantos riesgos y, por dentro, algo de la presencia del remitente. Ciertamente, nuestros correos electrónicos son incomparablemente más versátiles, pero ¿quién

se atreverá a afirmar que poseen la misma poesía?

En las misivas de antaño se podía hablar verdaderamente de autógrafos; nada, entre el alma y el papel, se adelantaba al pensamiento ni lo dirigía, ¡ni siquiera un corrector automático! A un ritmo natural, el pensamiento se vertía sobre el papel y el corazón intuía las palabras cuyas sonoridades serían más penetrantes. ¡Qué abismo entre los manuscritos y los automatismos...!

Cuando las ideas eran muy elevadas y los sentimientos muy profundos, las palabras ya no alcanzaban a expresarlos. Se recurría a la poesía, que es casi canto. Como afirmó San Agustín, «no puede explicarse con palabras lo que se canta en el corazón. [...] Alégrese el corazón sin palabras y no tenga límites de sílabas la amplitud del gozo».¹

* * *

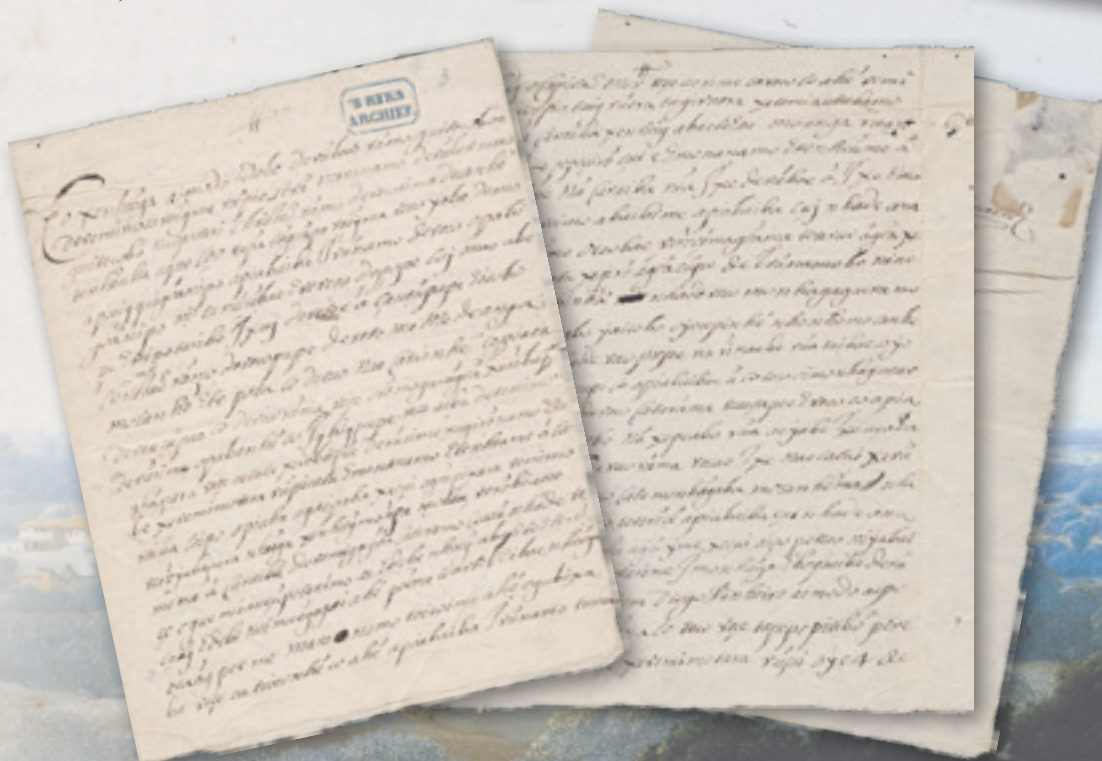
Observe el lector, por un instante, las fotografías de las cartas que aparecen en estas páginas. Y, a modo de desafío, preguntamos: ¿es posible discernir alguna característica de su autor? ¿Quizá la categoría social, algún rasgo psicológico o el estado de ánimo del

remitante? Para facilitar la tarea, adelantamos que se trata de cartas escritas en el siglo XVII, en tierras brasileñas.

¿No ha servido de mucho? Con todo, seguramente será la misiva de un personaje ilustre: un noble, un gobernador, un militar de alto rango o un burgués influyente. Quién sabe si es la correspondencia de algún colono dirigida a otro colono o a la Corona portuguesa... tal vez de algún descendiente de Pero Vaz de Caminha o... —¡ya sé! — ¡de un misionero jesuita!

Al examinarlas, resulta difícil saber qué dicen, pero su aspecto no deja lugar a dudas: expresan algo de gran sentido intelectual, volitivo, pasional y, subrayémoslo, personal. La identidad de su autor, o de sus autores, así como el sorprendente contexto que las rodea, se desvelará en un próximo artículo. ❖

¹ SAN AGUSTÍN. *Comentarios a los salmos*. Salmo 32. Sermón I, n.º 8.



Destacadas: cartas del siglo XVII; de fondo, paisaje brasileño, de Frans Post - Pinacoteca Antigua, Múnich (Alemania). En la página anterior, detalle de «Hombre escribiendo una carta», de Gabriël Metsu - Galería Nacional de Irlanda, Dublín.

Fotos: Reproducción

Pasión del Hijo, martirio de la Madre

*E*lla sufrió más allá de toda expresión por todo lo que sufrió Jesucristo [...]. Lo que hacía sufrir a San Lorenzo era la parrilla ardiente sobre la que estaba tendido; a San Esteban, las piedras con las que fue lapidado; a los confesores de la fe, las prisiones, los potros de tortura, los dientes de las fieras, las garras de hierro, el hambre, la sed. Sin embargo, el amor que sentían por Jesús mitigaba sus penas.

Para María, su verdugo fue el mismo amor ardiente que sentía por el Salvador. [...] Las fatigas de Jesús, sus penas, sus tristezas, las persecuciones, las calumnias de las que era objeto, la ingratitud que se ensañaba con Él: Ella las comparó en una medida indecible.

No obstante, lo que la hizo sufrir en sumo grado fue la sangrienta inmolación de su querido Hijo. Fue para Ella el martirio de los martirios.

P. Charles Rolland